AÑO IV — BUENOS AIRES, 22 DE JUNIO DE 1925 — N.o 173

BIBLIOTECA "E.V."

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

GLOSARIO

EL FUTURO CANDIDATO.—

El frustrado intento de ajusticiar al rey de España, es un síntoma revelador, que viene a desmentir el *unánime amor* de los españoles hacia el régimen de la dictadura militar. Las declaraciones de Primo de Rivera, confeccionadas para la exportación, a fin de hacer creer al mundo entero que la existencia de la mayoría de los españoles es en absoluto paradisíaca, son mentiras contraproducentes que se vuelven en contra de quien las profirió. Además, aun no se ha puesto bien en claro a quiénes estaban destinadas una o más bombas, según las caprichosas versiones cablegráficas: si al chulapo de Primo de Rivera o al saleroso Alfonso el Borbón.

Aunque no nos produzca dolorosas cavilaciones el descubrimiento de la verdad acerca del futuro candidato al cementerio, hay que declarar que poco importaría al mundo y particularmente a los destinos de España que ambos — el rayezuelo y el Primito — a estas horas fuesen cadáveres.

LOS PIGNORADORES DE RUSIA.

Si los soviets no trataron hasta ahora de vender a plazos o al contado los inmensos territorios de Rusia, fué porque no hubo potencia financiera ni tampoco existió una fuerte agrupación bancaria capaz de un desembolso de sumas de tales cifras astronómicas.

Después de pignorar los riquísimos yacimientos petrolíferos, las minas de carbón y metales, ahora les viene el turno a los vastos bosques de Siberia, sobre los cuales algunas empresas extranjeras recabaron pingües concesiones.

Según díceres del cable, los sabios peritos del régimen bolchevista adoptaron esas medidas de alta ciencia económica a fin de conjurar la crisis financiera porque atraviesa la industria forestal siberiana.

Poco a poco y paso a paso, los dirigentes bolchevistas llegarán a pignorar totalmente a Rusia con sus poblaciones, reduciéndolas a la miseria y la esclavitud económica, como la que padecen las republiquetas americanas entrampadas y atadas de pies y manos, hallándose a merced de los usureros de Wall Street.

LACAYOS Y OTRAS COSAS.—

Los cocodrilos de la oposición no se cansan ni se postran de verter decorativos lagrimones por la cara memoria del victimado Matteotti, quien les sirve de gonfalón, estandarte y cómodo pretexto para arremeter contra un estado de cosas alimentado por un régimen no muy agradable y que ellos mismos contribuyeron a crearlo y mantenerlo

Deseosos de quedar bien con todo el mundo, anhelando encenderle una candela a la virgen y un hachón a Lucifer, fueron en corporación a solicitar una audiencia del rey de Italia, a fin de rendirle su uncioso homenaje, su acaramelada pleitesía como un presente excepcional y un valioso regalo en su onomástico.

Aun no se puede saber si el rey enano Victorio III condescenderá a recibir tan serviles lacayos, los que, situándose en la oposición como en el poder, envilecieron y envilecen por sus turbios manejos, por su cómplice tibieza, al pueblo italiano, del cual desgraciadamente ellos forman parte.

LÁZARO REDIVIVO.—

El presidente Alessandri es la imagen del Lázaro que vuelve a la vida milagrosamente. Es, en fin, un Lázaro redivivo.

Como se sabe *urbi et orbi*, fué echado a puntapiés por las hordas militares y, creyéndose al borde de la muerte, hubo de verter amargo llanto. Echarle así, a él, tan liberalote, que en raras veces hizo fusilar al pueblo y a los obreros... Era una auténtica y patentada ingratitud.

Invitado a regresar cuando precisamente entre festejos y parrandas empezaba a reponerse, el alegrón le hizo resucitar, volviéndole por segunda vez el alma al cuerpo. Mas no creyendo aun la realidad, que se parecía a una ficción demasiado halagadora, no se decidió sin antes enviar numerosos telegramas, para saber positivamente si era un lazo que se le tendía y su vida no corría peligros inminentes.

Ya repantigado en el sillón presidencial, que, según sus paniaguados, lo estaba por expresa voluntad del pueblo, se prometió enmendar lo que pudieron ser sus yerros liberaloides. El hecho de haberse hallado por un instante en trance de perder la existencia, le transformó en la alimaña que todo lo fía al poder de la fuerza y de sus colmillos, para combatir a los presuntos enemigos de su tranquilidad y de su carrera política. Explicable actitud en un ruidoso demagogo, quien disfrazó la tiranía vistiéndola y colocándole el birrete punzó de la libertad de cromo.

Ahora, con el oportuno pretexto que Chile — su patria adorada — se encuentra abocado a una *"situación anómala y especial"*, lanzó una especie de úkase dirigido al intendente de Concepción. Este último párrafo basta para saber qué puntos calza el liberalote Alessandri:

"Recomendándole para el porvenir que impida, en la provincia a su cargo, toda prédica encaminada a destruir el orden social o injuriar a las autoridades.

"Ruégole mantener esto con rigurosa energía, porque es necesario acabar de una vez por todas con los desquiciadores del orden social, después de haber hecho grandes e inmensos sacrificios para atender e impulsar todas las reivindicaciones justas del proletariado, en el orden de su mejoramiento físico, intelectual y moral."

Los chilenos, poco después de la asonada militar, hubo momentos en los que pudieron conquistar la independencia económica, y la física, de considerarse dignos de ella, empleando el valor de su inteligencia y el de sus puños. Pero temiendo no ser aptos para la libertad, prefirieron uncirse al yugo de una autoridad, siempre irrefrenable, que esquilma y devora en provecho propio.

PRESUPUESTO ALIMENTICIO.—

Asciende a 26.000.000 de francos la suma del presupuesto de la Liga de las Naciones, correspondiente al año 1926. La secretaría se adjudica trece millones y siete millones más el tribunal internacional de justicia. Los otros seis restantes se reparten: uno, por ejemplo, a la sección higiene. Quedan todavía cinco para gastos varios.

Por lo visto, no existe el menor motivo para felicitar al malogrado Wilson, padre putativo de este engendro jurídico, especie de tribunal de "paz" internacional, regido por bestias carniceras, monstruo acéfalo, todo estómago y bambolla pura.

LA UNION FRANCO ESPAÑOLA

(Historia muda en tres cuadros)

Los miembros bien rentados y nutridos tienen un gran interés para que nunca esa paz, por tanto tiempo perseguida,—infatigable corredora, más veloz que la quimera alada — sea efectiva y una en un solo haz todos los países de la tierra. La verdadera pacificación del mundo sería para ellos una tremenda catástrofe. Como lo sería también para los millones de parásitos, quienes exclusivamente se nutren de la guerra y de sus subproductos.

Y para que el equilibrio de las fuerzas armadas se mantenga como hubo antes, y existiendo hoy en mayor proporción, es necesario rentar suntuosamente tanto desperdicio humano, tanto fonógrafo, tanta máquina de escribir.

Cada día surje un propósito nuevo en el seno de ese consejo, una iniciativa, un acuerdo, donde todos se hallan en discordia, quedando estos propósitos y estas iniciativas en el verbalismo fogoso o flemático de unos o de otros, o sencillamente en el papel, en el cual permanecerán para siempre.

Hace unos días aprobó un protocolo, por la Conferencia sobre el tráfico de armas, prohibiéndose el uso de medios químicos y bacteriológicos en la guerra, protocolo que será violado en la primera coyuntura bélica.

Pero en cambio nada se hace para desarmar los espíritus, y continúase persiguiendo con saña y ferocidad a los propagadores del antimilitarismo. Estos bondadosos y seráficos señores quieren primero aprisionar la paz con alambres de púas, rodeándola de bayonetas y cañones, para luego presentarla a la humanidad como aguinaldo para el año dos mil y tantos, cuando tal vez los pueblos, hartos de ser masacrados para facilitar la venta de los gorros de algodón en tal o cual país, se rebelen y se tomen la justicia por sus propias manos, implantando la verdadera paz, que es la fraternidad y la eliminación de los convencionales odios de raza.

PAN-AMERICANISMO USURARIO

Por el incidente entre Méjico y Estados Unidos se pudo comprobar cómo es suficiente se vulnere los intereses de un fuerte capitalista para que el Estado ponga a su disposición no sólo las armas verbales de una diplomacia presta a llamar blanco a lo negro, sino también, si fuera necesario, un armamento más eficaz para reducir a la obediencia a los que intentan incursionar en el campo de la verdad dicha sin ambajes.

No creemos en la democracia ni en el programa regenerador del gobernante Calles, pero constatamos que todas las expansiones sentimentales de los yanquis, así como sus congresos de confraternidad panamericana, no llevan otro fin sino el de apoderarse de todo lo que puedan, mediante el dinero, mediante las revoluciones forjadas en Wáshington, o despachando mercadería averiada al más alto precio.

No hay gobierno que persiga más objetivos que la rapiña, velada o descubierta. Mas los financistas y políticos yanquis muestran demasiado las uñas y una codicia que, a veces, por sus proporciones desmesuradas, rompe el saco que intenta contenerla.

—— ••• ——

Kurt Wilckens

Es la ley ineludible, que en quien alberga una mayor calidad de pureza en sus intenciones, haya una perfecta equivalencia de responsabilidades morales. En la enmarañada urdimbre de la personalidad psíquica de cada ser, hay un duelo contínuo de tinieblas que pugnan a fin que un pequeño visiumbre de luz las esclarezca e ilumine. Ese debate de tormentoso mar se halla en un grado ínfimo y menor en unos, y superlativo de intensidad turturante en los que por su rareza son tildados de anormales.

Kurt Wilckens, era en este sentido un verdadero milagro de anormalidad, ya que si la ley general es la maldad, el robo, la traición y el dolo, nuestro compañero hubiese dado su sangre para ahogar todo lo que bestializa al hombre, convirtiéndole en enemigo de su propia dicha espiritual.

Fué la antena sensitiva que recoge las ondas del dolor colectivo para descargar el rayo y suprimir a quienes con sus actos de bajeza y cobardía infinita deshonran con su sola presencia la especie humana.

Fué la verdadera justicia, la que se realizó, no catalogada en los códigos ni existente en los torcidos vericuetos del derecho romano.

La serenidad, la heroica conducta mantenida durante el proceso y la prisión de nuestro camarada, exasperó de tal modo la fiera burguesa, que en su irritada impaciencia no esperó el veredicto de una fementida justicia de clase, y con un instrumento, (piltrafa humana, por ejecutar su crimen a mansalva), asesinaba al más bondadoso y fraternal de los hombres, cuyo único crimen fué sentir mucho más el sufrimiento ajeno, que el suyo.

Nunca pudo parecer más simbólico lo acontecido. El tribunal de los humildes, de los masacrados se atrevía a tomar una sola vida, por las miles que había arrebatado de los hogares proletarios, un verdugo galonado. Y los poderosos, los bandoleros, no refrenando sus instintos insanos, volvieron a desquitarse sobre una criatura indefensa que se hallaba a su merced.

Nunca se desenmascaró tan audaz y cínicamente el régimen de los patrioteros, dejando en descubierto que para los vencidos, los que el capital aplasta con su pata monstruosa, no hay cuartel, ni tregua hasta hacerlos doblegar en una existencia de contínua esclavitud.

Los sucesos de Santa Cruz y del justiciero que los replicara con una valentía tranquila y serena, son la enseñanza que más sangre y dolor le costó al proletariado argentino.

Fué simplemente la ley ineluctable, que con sincronismo de un destino previsto se encarnaba en quien por poseer una mayor calidad de pureza en sus intenciones, asumía sobre sí todas las responsabilidades morales para que con una gota de sangre, en cambio de los millones vertidas, aplacase y satisfaciese esa justicia colectiva no escrita en ningún código y sí esculpida en el corazón del pueblo sano que piensa, trabaja y a veces sabe rebelarse batiéndose por los fueros de su dignidad mancillada por los sayones.

Esto, que debería servir de advertencia para los que pretenden administrar la dicha de los pueblos, ha de repetirse cada vez con más frecuencia, porque no es posible que la violencia de arriba no atraiga matemáticamente la de los oprimidos por el egoísmo y ferocidad de una casta enseberbecida.

EL VALOR DE LA ORGANIZACION PROLETARIA

Entre las tantas incongruencias del marxismo está la idea de la organización del proletariado. Según los marxistas el proletariado y el socialismo son en último resultado equivalentes. Están sujetos a una fatalidad histórica contra la cual nada puede el hombre. Nosotros decimos que si eso fuera cierto, entonces no valdría la pena realizar esfuerzo alguno para propagar las ideas revolucionarias y menos para organizar un fragmento del proletariado, pues la organización proletaria, si no abarca la totalidad del proletariado, equivale a escisión, y si comprende a todo el proletariado es inútil, porque el proceso histórico fatal se producirá del mismo modo, con organización o sin ella.

La idea de clase se desvanece cuando se pasa a la organización de clase, pues se comprende la falta de unidad y de homogeneidad en las ideas y los intereses del supuesto todo. La complejidad y la diversidad de lo que los marxistas llaman *clase obrera*, es tan grande como la que existe en la humanidad en general. Por lo demás, cuando se quieren trazar los límites del proletariado, cuando se quiere definir quién pertenece al proletariado y quién no pertenece, se comprueba el absurdo del fatalismo histórico. He aquí una definición: "Al proletariado pertenecen todos los que viven de la venta de su fuerza de trabajo, todos los que realizan una labor asalariada." ¿Quién no es proletario según esa definición? Y si proletariado significa socialismo, ¿cómo es que se constatan en el proletariado corrientes ideológicas y políticas tan adversas al socialismo? ¿Cómo es qué después de tantos años de desenvolvimiento capitalista sólo integra las filas del socialismo una ínfima minoría proletaria?

Nosotros no basamos nuestras ideas revolucionarias en ninguna idea de clase, no obstante pertenecer todos nosotros al proletariado y no conocer en nuestras filas "proletarios" de la categoría del gran industrial Barmat. Sabemos que se puede vivir miserablemente de un salario y aplaudir las hordas de Mussolini y confiar menos en la revolución que en la demagogia del general Calles. Sabemos que la unidad del proletariado es una mentira y apelamos a todos los hombres de buena voluntad capaces de comprender y de amar nuestros postulados fundamentales. Si solo responde una parte de los trabajadores, no por eso se somete el anarquismo a la profesión de sus adherentes. Los postulados que propaga son humanos, van más allá de los límites de los intereses de una supuesta clase. Al clasicismo marxista oponemos nuestro concepto de la unidad humana y decimos que es tan difícil vencer las disidencias y las contradicciones existentes dentro del proletariado mismo como las existentes en la humanidad en general, compuesta de ricos y pobres, de gobernantes y gobernados.

Por otra parte, no es la condición económica del individuo la que determina sus ideas y sus aspiraciones. Por parte de los marxistas mismos se sostiene que el concepto "clase obrera" no es idéntico al concepto "pobreza"; pues hay obreros revolucionarios que viven en mejores condiciones económicas que algunos pequeño-burgueses reaccionarios. Por consiguiente, si no queremos mecernos en meras ilusiones, reconozcamos que tras la división en proletarios y burgueses, división cuyos límites no han podido ser trazados, pues una gran parte de los proletarios se identifica con la dominación de la burguesía, — reconozcamos que tras esa división económica hay otra división más decisiva: la de los hombres dominados por la teología de la autoridad y la de los emancipados de todo autoritarismo. Es el principio de autoridad el que determina las ideas y los intereses, en una palabra, la actitud general de los hombres con respecto a la revolución social igualitaria y libertadora.

No desconocemos que hubo un momento, allá en los tiempos primeros del nacimiento del proletariado militante, en que un hálito de fraternidad y de solidaridad impregnó el espíritu de los trabajadores. Un trabajador era entonces un hermano de otro trabajador. Pero esa fraternidad fué afirmada bajo una bandera revolucionaria común, la de la Internacional. Y las primeras reivindicaciones eran estrictamente económicas, interesaban a todos los obreros sin distinción de tendencias. Con el tiempo evolucionó el concepto revolucionario y se comprendió que las primeras reivindicaciones de la Internacional eran insuficientes para modificar esencialmente la situación de los trabajadores; además se produjo ya una inconciliable disidencia al discutir los métodos para la realización de esas reivindicaciones. ¿Fué Marx o fué Bakunin el que rompió la unidad de la vieja Internacional? Ni uno ni otro; fué la lógica del proceso evolutivo de las ideas revolucionarias. No podían marchar juntos quienes ni en ideas ni en tácticas iban de acuerdo; la escisión fué un hecho natural, un progreso indudable.

El regreso al período del nacimiento del proletariado militante es ya imposible; existen en las filas proletarias corrientes contradictorias bien definidas. Que cada una pruebe su virtualidad en el terreno de la práctica y demuestre con los resultados de su eficacia la bondad de sus postulados.

Lo que sí suele ser lamentable es la intolerancia entre las diversas corrientes y organizaciones del proletariado. Es raro poder *sumar* en ningún país las fuerzas proletarias organizadas, más bien es corriente *restarlas*. Si la F. O. R. A., por ejemplo, declara la huelga, sabe que en lugar de contar con la cooperación de la U. S. A. tiene que contar con la cooperación de la U. S. A. y la burguesía para que la huelga fracase. Ese estado de cosas, que se observa en todos los países, es bien lamentable y sin embargo es posible que no haya otra solución.

——

El cuadro internacional de la división del proletariado ha llevado a desear por algunos una reagrupación en organizaciones únicas de todos los trabajadores sin distinción de ideas y de creencias. Primero intentó Moscú, con fines demagógicos, lanzar esa consigna; al constatar su fracaso procura salvarse en la integración de la Internacional de Amsterdam. Por su parte, Amsterdam aspira también a formar un frente único proletario en su seno. Unicamente nosotros, una minoría en medio del proletariado organizado, proclamamos la escisión absoluta y la independencia de nuestro movimiento en nombre de la revolución.

Por el hecho de estar organizado un obrero esclavo de todos los prejuicios no se emancipa. Y una organización que no se fundamenta en la asociación libre y espontánea de sus miembros, no es ningún factor revolucionario, por proletaria que sea. Si tomamos uno por uno los miembros de la Internacional de Amsterdam veremos que no saben para qué pagan sus cuotas al sindicato y comprobaremos que se han organizado por la fuerza, porque de otro modo no habrían podido trabajar o no habrían podido disfrutar de ciertos socorros en caso de huelga o de enfermedad, por ejemplo. La mayoría de las organizaciones amsterdamianas, que no tienen un programa de reivindicaciones como para atraer las masas, se ven forzadas a introducir los socorros mutuos a fin de tener alguna existencia. Desde el punto de vista de los intereses de la revolución, los proletarios organizados en los organismos amsterdamianos deben ser restados de las fuerzas revolucionarias, y, más aún, deben ser sumados a las fuerzas de la reacción, sino como elementos activos, al menos como elementos pasivos.

Según una estadística de la Internacional de Amsterdam, he aquí las cifras del proletariado organizado, y supongamos que son más o menos aproximadas:

	Enero de 1923
I. S. de Amsterdam	18.574.000
Sindicatos cristianos	3.026.000
A. I. de los Trabajadores	826.000
I. S. Roja	5.358.000
Sindicatos neutrales	3.965.000
Diversos	9.180.000

Es decir, un total de 40.929.000 de obreros organizados en 1923, contra 46 millones en 1922. De esa suma, corresponden actualmente a la Internacional de Amsterdam más o menos la mitad, es decir 18 millones y medio, casi todos en Europa, sin contar Rusia. ¿No está ahí la experiencia de los últimos diez años para demostrar la eficacia reaccionaria de esos diez y ocho millones de obreros organizados en la Internacional de Amsterdam? Añadamos ahora en el mismo sentido a los sindicatos cristianos, a los moscovitas y a los neutrales, y tenemos en Europa solamente, cerca de 40 millones encadenados en organizaciones que matan sus instintos rebeldes y les privan de toda posibilidad de acción espontánea. Porque si aun confiamos en el proletariado desorganizado para momentos especiales de lucha y de acción revolucionaria, cuando ese proletariado ha sido llevado bajo la influencia de ideas y de tácticas reformistas o reaccionarias, se ha perdido para la revolución.

La organización de los trabajadores por sí misma está muy lejos de significar un paso hacia el porvenir; supongamos la totalidad del proletariado dentro de la Internacional de Amsterdam, ¿no tendrán motivos para alegrarse solamente los burócratas sindicales y la burguesía? ¿Qué acción y qué propaganda realizan esos cuarenta millones de obreros organizados? Descontemos lo que se sabe a nuestro millón escaso de trabajadores revolucionarios y veremos hasta qué punto está la clase obrera organizada a merced de la contrarrevolución.

Hay que tener en cuenta además que en Europa, la región del mundo donde la organización está más desarrollada, apenas hay un tercio del proletariado dentro de las varias tendencias sindicales.

Veamos algunas cifras del porcentaje del proletariado organizado:

Alemania	58 o/o
Francia	14 "
Inglaterra	34 "
Italia	42 "
España	17 "
Austria	56 "
Portugal	14 "
Suecia	25 "
Holanda	34 "
Bélgica	35 "

En una palabra, en general apenas una tercera parte del proletariado está organizado, y el hecho de estar un 50 por ciento organizado en Alemania no quiere decir que este país esté más cerca de la revolución y del socialismo que España, donde sólo hay un 17 por ciento.

No, no es la organización en sí de los trabajadores un paso hacia el socialismo; puede ser, al contrario, un paso hacia atrás.

Lo que valoriza revolucionariamente la organización proletaria son las ideas que la inspiran y las tácticas que adopta. Por eso nos afirmamos en nuestra organización libertaria, sin avergonzarnos de sostenernos en minoría frente a las decenas de millones de las otras tendencias. La vida revolucionaria existe hoy sólo en nuestras filas y somos nosotros los que tenemos en alto la bandera del porvenir. Llegará el día en que seremos más fuertes numéricamente; ese día será aquel en que se manifiesten con evidencia irrebatible los resultados del fracaso de las otras tendencias. Nosotros seremos mayoría, porque nuestra causa es la causa de la humanidad libre y dichosa, y porque la vía que nosotros prestigiamos, la de la libertad, es la única que no hizo bancarrota hasta ahora y es la única que la humanidad sigue en su marcha ascendente de progreso en progreso.

D. Abad de Santillán

El valor del Racionalismo y la evolución de la humanidad

El asunto de este modesto estudio es singularmente vasto y parece exigir desarrollos más extensos que los dados por mí. A decir verdad, se trata más bien de una improvisación provocada por una experiencia filosófica, que de un ensayo hecho a mente reposada; además la necesidad de adaptar mi texto al formato de la revista *Homo*, donde apareció este trabajo, me obligó a descartar consideraciones que hubiesen reforzado poderosamente mi argumentación.

Me ha parecido sin embargo útil publicar tal cual es esta justificación de la actitud del racionalismo en el dominio moral y social, precisamente porque condensa en pocas páginas las consideraciones esenciales concernientes al porvenir de la humanidad y que, bajo una forma reducida, podía, en la hora en que la intervención del racionalismo se ha hecho necesaria en los negocios del mundo, ser más fácilmente difundido que una obra de mayor importancia.

Es preciso advertir que no tengo la pretensión de haber hecho obra personal. "El gran progreso científico no puede ser sino una obra colectiva", ha dicho el profesor Alberto Brachet. Lo mismo sucede forzosamente con el progreso de la filosofía que se apoya sobre la ciencia. Sin embargo, estableciendo relaciones entre ciertos hechos nuevos y deduciendo de esas aproximaciones conclusiones lógicas, posiblemente no he realizado un trabajo inútil. Si éste pudiese convencer a algunos espíritus del valor del racionalismo en la investigación de las condiciones del progreso humano, habré obtenido el único resultado al cual he querido llegar.

J. M.

En homenaje a todos los pensadores que han preparado el advenimiento de la humanidad consciente.

I

"La ciencia que, hasta en las edades más lejanas del pasado, el género humano ha sobre todo perseguido, por ser la que más imperiosamente hacía sentir su necesidad, es la Prescencia: saber para prever. Cuando se buscaba la causa, era principalmente para dirigir el efecto, o, si no era susceptible de ser dirigido, para preservarlo y adaptarle su conducta" (1). Es lo que hace notar Augusto Comte, el fundador o más bien el teórico del positivismo. Buscar una justificación a sus actos es ya una manifestación de la voluntad de no subscribir sino a motivos, sino a valores reales o por lo menos eficaces. Esos valores han evolucionado con el desarrollo del espíritu humano. El hombre ha razonado sucesivamente sobre valores teológicos o personales, sobre valores metafísicos o abstractos y al fin sobre valores positivos fenomenales o experimentales. Y es cierto que el racionalismo ha hecho durante un tiempo cuerpo con el positivismo que, como toda doctrina en sus comienzos, se demostró demasiado exclusivo en sus principios al no acordar al dominio psicológico toda la importancia que hoy le es plenamente reconocida.

Sin embargo, demostrando que "toda precisión de los fenómenos y que todo poder sobre ellos dependen del conocimiento de sus sucesiones y no de las nociones que nos podamos formar sobre sus orígenes o su naturaleza íntima", el positivismo ha dotado a la filosofía de un principio extremadamente fecundo. No solamente ese principio ha sido utilizado para establecer la síntesis científica de donde han salido las teorías evolucionistas que han derramado tanta luz sobre las leyes naturales que rigen la historia de los seres vivientes, sino que orienta también a la metafísica, preocupada hoy más que nunca en trazar la evolución de los valores morales (2).

Hoy día el racionalismo no se identifica más con el positivismo, tal como lo concebían Comte y sus discípulos, que con el racionalismo de Kant, que estimaba que la razón pura, sin la experiencia y sin el sentimiento, bastaba a elucidarlo todo.

El racionalismo contemporáneo, iluminado por la ciencia, no ha disminuído el valor de la razón reconociendo que en la base de toda ideación se encuentra la sensación. Si no considera jamás que la razón sea independiente de su órgano físico, si no ignora que su valor depende del estado más o menos perfecto de éste, admite sin embargo una especie de autonomía de la vida espiritual. Mas, en la investigación de la verdad, no excluye ninguno de los elementos del conocimiento, pero no pide a cada uno sino lo que puede dar según su naturaleza. Se coloca menos en sistema filosófico que en método de control de las nociones que se presentan al espíritu, sea cual sea su origen. Pero evidentemente todas las conclusiones de la ciencia experimental figuran en el primer plano de las verdades acumuladas por el racionalismo, verdades que tienen la ventaja de ser generales y de formar así el patrimonio común de la humanidad.

La actitud espectante del racionalismo está en oposición con el misticismo, cuando éste pretende dar un valor general a aspectos personales de las sensaciones primarias pero esenciales de la vida, a figuraciones ideales correspondientes a los instintos más obscuros y más profundos de nuestro ser. Como dice T. S. Masaryk, "el misticismo está lleno de desdén por el camino empírico, racional, de la ciencia progresiva; es impaciente, y desearía adquirir de un solo golpe el conocimiento supremo". El racionalismo no tiene ese apresuramiento, desconfía de la imaginación sin desconocerle sin embargo el rol necesario en la determinación de nuestros actos, y teme los errores que pueden ser fatales tanto al individuo como a la colectividad humana.

Si el racionalismo ha prestado a los hombres el gran servicio de libertarlos del absoluto teológico y metafísico, no ha sido para llegar a ser a su vez dogmático. En verdad, él no lo puede ser, porque no ignora el carácter relativo de todos nuestros conocimientos. Ciertamente, no faltan espíritus dispuestos a hacer del racionalismo una especie de religión tan sectaria como las fundadas sobre valores místicos — y Augusto Comte fué el primero en entrar por ese camino, — pero cuando se despoja a la noción que la palabra define de lo que pudo agregarle el sentimiento personal, es preciso reconocer que el racionalismo es la filosofía de los que, con Bertrand Russell, consideran "que la actitud científica es de una importancia capital para la humanidad".

Para justificar esta actitud, basta entonces, considerar el estado actual de nuestra sociedad, donde los antiguos valores morales que dominaron a las colectividades se desagregan a tal punto que es con la fuerza de dictaduras que los conceptos desfallecientes intentan imponer a los hombres las disciplinas sin las cuales ninguna sociedad puede vivir. La humanidad, que marcha a grandes pasos hacia la unidad, necesita un nuevo valor moral. Es por esto que se ve a los misticismos contradictorios desplegar una actividad jamás igualada, para adueñarse del espíritu de las muchedumbres y transformar en ideas-fuerzas convicciones, sin duda respetables, pero arbitrarias. Por encima de esas luchas planea el racionalismo que espera, con los conocimientos positivos, indicar a los hombres verdades bastante grandes para establecer su comunión dejando completamente a los individuos lo que ellos llaman su libertad de acción personal.

Posiblemente, gracias a la espectativa racionalista, estamos más cerca de lo que se cree de la solución de ese "problema extraño" que preocupaba a Emilio Boutroux:

"Menos que nunca el espíritu podría renunciar a sus destinos ideales; porque en ese caso caería bajo el yugo de una naturaleza que se nos aparece como no siendo ella misma sino una fuerza ciega. Y menos que nunca, la ciencia y la vida no nos permiten evadirnos fuera de la realidad. De manera que la síntesis del ideal y de lo real aparece, al mismo tiempo, como decididamente imposible y como decididamente indispensable" (3).

* * *

En verdad, si el racionalismo ha ampliado para su uso el cuadro aparentemente limitado del positivismo, es sin duda porque reconoce "que la filosofía científica, que no se propone sino comprender al mundo y no mejorar directamente la naturaleza humana, no puede hacer entrar las ideas morales en cuenta sin desviarse en ese respecto de los hechos que son la esencia misma del temperamento científico" (4). Al parecer, era urgente ocuparse de los intereses humanos sin esperar una completa explicación objetiva de los fenómenos. De allí una especie de elasticidad metafísica dejada a la filosofía en el orden moral, una parte acordada a lo *real* interior al lado de lo real exterior.

De manera que se considera como racionalistas a los filósofos que, como T. G. Masaryk, por ejemplo, se esfuerzan por edificar sus sistemas sobre una base positiva, convencidos como están de "que una filosofía científica que podría satisfacer al hombre por su lado práctico tanto como por el teórico, sería capaz de introducir el orden y la armonía en el desorden, en la desorganización intelectual y moral de la sociedad contemporánea tanto como en el individuo contemporáneo" (5). Tal es la condición actual necesaria, pero no exclusiva, del racionalismo. En espera de que la ciencia determine un criterio indiscutible de la conducta humana, acuerda forzosamente un lugar a valores morales más o menos abstractos, limitados por el estado de nuestros conocimientos positivos y siempre concebidos en función del hombre y de la humanidad. Si así es, es porque la necesidad de actuar y de determinarnos no nos permite dilaciones.

Las filosofías que se subordinan al carácter positivo de los conocimientos científicos, no son tanto sistemas particulares como contribuciones a la edificación de una filosofía general; y, en lugar de ser irreconciliables como los sistemas metafísicos de explicación del mundo, se completan entre sí, y a menudo se armonizan, porque nos proponen como valores morales cualidades humanas idealizadas o estados colectivos que no se excluyen necesariamente. En resumen, son etapas hacia la filosofía racionalista que llegará a encontrar en la ciencia valores exclusivamente positivos. Es un esfuerzo hacia esa filosofía el que he intentado yo mismo proponiendo como valor moral positivo y general, deducido por otra parte de las evoluciones comparadas de las especies animales, el perfeccionamiento del carácter específico de la humanidad, valor al mismo tiempo fisiológico y psicológico, valor de síntesis física e intelectual, que es posiblemente la realidad encerrada bajo las denominaciones abstractas de ciertas filosofías contemporáneas (6).

* * *

Frente a esas filosofías, a base científica, que consienten en considerar al hombre en su ambiente natural, se han edificado sistemas metafísicos con el objeto de justificar concepciones que han tomado nacimiento en el espíritu humano con anterioridad al advenimiento de la ciencia positiva, o de concepciones abstractas pero arbitrarias y personales. Tal sería, por ejemplo, una filosofía del espíritu considerado en sí, independente del físico; mientras que otra filosofía del espíritu que lo considerara a éste como una característica del hombre, podría muy bien ser racionalista. Esos sistemas son a menudo admirables construcciones lógicas, pero en ellos se manifiesta casi siempre una singular voluntad de disminuir el valor de los conocimientos positivos, insistiendo sobre todo en el carácter relativo de la ciencia. Es la razón tratando de negar a la razón. Desde el punto de vista práctico, esos sistemas subordinan nuestras actividades a la permanencia de entidades místicas o metafísicas. Su argumentación se resiente a veces de la escolástica religiosa, aunque sus autores multipliquen las precauciones oratorias para convencernos de la objetividad de sus vistas.

Si se desciende un grado más, se encuentran sistemas que tienen al menos la franqueza de negar el valor de la razón y que confieren al sentimiento indidual, a la intuición personal la preeminencia en nuestro aparato del conocimiento, pero que, sin embargo, por una extraña contradicción, construyen una argumentación para demostrar la justeza de su punto de vista, lo cual constituye una concesión a esa razón crítica, a la que se prohibe el examen de las nociones del dominio interno.

Y, en fin, más allá de la filosofía, subsiste el reino del sentimiento puro con sus concepciones dogmáticas indiscutibles y sus afirmaciones místicas desafiando todas las objeciones razonables.

Tal es el estado actual del conocimiento, que hace el objeto de la filosofía. Tal es la escala que va del misticismo puro — el que no se mantiene sino por la ignorancia de los métodos de la razón o por el efecto de una educación subjetiva sistemática — al racionalismo integral pasando por la transición de las metafísicas.

La coexistencia de estas diversas actitudes filosóficas se comprende fácilmente, aunque Augusto Comte, creo, no haya explicado sino la sucesión de los estados teológicos, metafísicos y positivos de las diversas ramas de la ciencia. Esos estados del dominio mental han correspondido a estados fisiológicos sucesivos, lo que significa simplemente que el descubrimiento de los hechos positivos ha estado en relación con el desarrollo de los órganos del conocimiento. Pero no se confunda, sin embargo. Quiero decir que hubo una época en la que el hombre, apenas salido de la animalidad, no ha podido concebir sino de una manera imaginativa el edificio del Universo. No fué sino cuando su inteligencia se hubo fortificado con su propia actividad y que correlativamente su cerebro se hubo perfecciona-

do por localizaciones sucesivas, que pudo desplegar las facultades de análisis, de crítica y de observación, permitiéndole la adquisición de nociones exactas sobre lo real, y, en fin, la aptitud para la síntesis, de la cual la filosofía racionalista es el producto.

El misticismo ha dominado por lo tanto cuando el hombre físico estaba sobre todo influenciado por el instinto. El racionalismo dominará cuando la razón se haya suficientemente desarrollado en la mayoría de los individuos. Pero, así como la filosofía demuestra que el cuerpo humano en su formación vuelve a pasar también por las etapas sucesivas de la evolución animal, nuestro espíritu vuelve a pasar también por las etapas que van de la sensibilidad, sin duda muy simple, de la célula primordial a la compleja sensibilidad de nuestro sistema cerebro-espinal.

Por otra parte el aspecto evolutivo de las cosas simplifica maravillosamente el mundo complicado del cual formamos parte y el ser no menos complicado que somos nosotros.

Los descubrimientos de la ciencia positiva, sobre los cuales se fundan hipótesis audaces, pero de una lógica admirable, nos dan una explicación racional de la vida, extremadamente clara.

La naturaleza electro-química de la vida es un hecho establecido.

El ritmo de la vida se reconoce ya en el átomo mineral, sistema eléctrico polarizado que, por sus cambios con el ambiente exterior ha producido la diversidad de cuerpos simples.

La afinidad de lo inanimado se identifica con la sensibilidad de la materia viviente (7), de manera que desde el átomo elemental hasta el hombre, que también es un complejo de sistemas electro-químicos polarizados (8), se extiende un vasto encadenamiento de complejos físicos, cuya sensibilidad debida a la naturaleza electro-química de la materia, es el carácter esencial.

Así cada átomo de nuestras células es un sistema electro-químico; cada célula es a su vez un sistema electro-químico de un orden superior; cada uno de nuestros órganos funcionales es también un sistema electro-químico más complejo; y las relaciones de esos sistemas están establecidas por el sistema nervioso-espinal, siempre electro-químico, donde se encuentra el asiento de nuestra sensibilidad personal.

Ahora bien, así como nuestro cerebro registra, por modificaciones químicas de células especializadas, las impresiones actuales y figurativas que nos son transmitidas por los órganos del sentido, él ha registrado sucesivamente nuestros estados anteriores correspondientes a las etapas de nuestra evolución psicológica. Tenemos, pues, en nosotros la memoria latente de todos los estados del ciclo de evolución animal desde la mónera hasta el hombre sapiente.

Si agregamos a esas sensibilidades anteriores que subsisten en nosotros el sentimiento más o menos vago del estado, o más bien de los estados sucesivos de todas esas actividades internas que forman nuestros órganos, tendremos la representación de nuestro sub-consciente, que la ideación producida por el espectáculo del mundo exterior transfigurará.

Es en esas profundidades de nuestro ser que yacen los sentimiento vitales, nuestros instintos, nuestras necesidades, nuestros deseos, todas las formas que revisten las diversas complejidades del fenómeno fundamental resultante de la polarización de nuestros componentes, con la necesidad alternativa de cargarse y descargarse eléctricamente.

Nuestras aspiraciones más ideales, como nuestros instintos más bestiales, son en el fondo el resultado del mismo fenómeno.

Sin duda, somos nosotros el hombre culto refinado del siglo XX, pero somos también al mismo tiempo el antropoide, el prosimio, el selacio de la larga serie animal de la cual es el resultado.

La inteligencia, que no es sino la facultad de establecer relaciones entre todas las localizaciones de nuestro aparato cerebral para extraer impresiones abstractas de comparación, etc., se ha desarrollado con esos estados sucesivos; y el espíritu no es sino la suma de las nociones acumuladas por las impresiones internas que acabamos de citar, por las impresiones externas suministradas por los sentidos y por las nociones abstractas cuyo nombre creo con el de las relaciones que podemos establecer entre esos conocimientos de naturaleza distinta.

En fin — dejando con todo a los hombres de ciencia el cuidado de poner a punto la concepción positiva que resulta de sus descubrimientos — está demostrado que la materia y la sensibilidad son existentes e inseparables, mientras que el espíritu es la síntesis de todas las impresiones dejadas en nosotros por el efecto de esa sensibilidad de la materia. Y la vida no es sino la sucesión de nuestros cambios eléctricos con el exterior.

Me parece que todo esto se deduce tan lógicamente de las nociones científicas, que es preciso declarar que Augusto Comte tenía razón en crer "que el modo de pensar positivo estaba destinado a prevalecer finalmente por el efecto de la convicción, a la cual debería llegarse universalmente, de que todos los fenómenos, sin excepción, están gobernados por leyes invariables con las cuales ninguna voluntad natural o sobrenatural entra en lucha. (Stuart Mill)."

JUAN MARECHAL

NOTAS:

(1) *G. Stuart Mill — Augusto Comte y el Positivismo.*

(2) *Me propongo, si el tiempo y los medios me lo permiten, buscar las influencias que los principios de la filosofía positiva han ejercido sobre el desarrollo de las ciencias, de las artes, de la literatura y de la filosofía: de trazar los indicios de una renovación del positivismo y de encarar sus consecuencias en lo que concierne al estado de conciencia de las generaciones futuras.*

(3) *Emilio Boutroux. L'Avenir de la Pensée humaine.*

(4) *Bertrand Russell, "Le misticisme et la Logique".*

(5) *I. A. Blaha. "T. G. Masaryk, filósofo del Simergismo".*

(6) *Jean Marechal. "Le Progrès humain — (Homo)"*

(7) *James Van Drunen. "La Vie des Metaux".*

(8) *Georges Bohn, profesor de la Sorbona, etc.*

POR LOS SALONES

Rodríguez Lozano y Julio Castellano

Extraña pintura debe haberles parecido a quienes visitaran la exposición de estos artistas mejicanos. El primitivismo avejentado y traducido a la jerga parisién de los Chagall y otros fantasistas, no inficionó aún nuestros post-impresionistas y veristas trasnochados. Los que se hallan al día sobre el ingenioso *ingenuismo*, en plena boga en las salas de París — el de las "Tuilleries" — han de constatar que la obra de los artistas aztecas no es muy ajena a esa influencia ultra-modernista.

En la conferencia pronunciada por Julio Castellano—"Las artes plásticas en Méjico"—hubo de vertirse conceptos justos, al tratarse de generalizaciones sobre el arte. Pero cuando se refiere al impresionismo y confiesa que su "influencia ha sido importantísima" y agrega otras cosas más en detrimento de esa escuela, nos da la impresión de que se incurre en parcialidades no del todo sensatas y razonables. Citaremos el párrafo entero, para no traicionar lo que quiso enunciar su autor, acerca de ese movimiento. Dice así:

"Sin embargo, y a pesar de que hubo grandes pintores impresionistas que se sobrepusieron a las limitaciones en que los encerraba su teoría, la base teórica de aquel movimiento era errónea. El arte no era "impresión", sino "expresión"; no somos cámaras fotográficas para recibir impresiones; la perspectiva, por ejemplo, no tiene la importancia que se le quiere atribuir (ni siquiera trasladada la idea de perspectiva a otros órdenes, como el de la historia, según hace Ortega y Gasset): la perspectiva pictórica "viene de adentro", no del punto de vista en que estamos colocados materialmente, sino de la situación que nuestra emoción da a las cosas. Los artistas son como dioses: disponen de las cosas a su antojo, dándoles la dimensión y el valor que ellos desean; no toman lo que tienen delante de sí meramente porque "allí está": escogen sólo aquello que sea "expresión", lo que exprese su emoción."

Al afirmar que el arte no es "impresión, sino expresión", que "el artista no es una cámara fotográfica", no siendo muy notorio, al tratarse de generalizaciones sobre el arte. Pero cuando se refiere al impresionismo y confiesa que su "influencia ha sido importantísima" y agrega otras cosas más en detrimento de esa escuela, nos da la impresión de que se incurre en parcialidades no del todo sensatas y razonables. Citaremos el párrafo entero, para no traicionar lo que quiso enunciar su autor, acerca de ese movimiento. Dice así:

LUCIEN SIMON — "Feria de caballos" (Acuarela)

"Sin embargo, y a pesar de que hubo grandes pintores impresionistas que se sobrepusieron a las limitaciones en que los encerraba su teoría, la base teórica de aquel movimiento era errónea. El arte no era "impresión", sino "expresión"; no somos cámaras fotográficas para recibir impresiones; la perspectiva, por ejemplo, no tiene la importancia que se le quiere atribuir (ni siquiera trasvedosa la definición, se fabrica una receta y una fórmula más. Así como el argumento más fundamental que sirve de eje a la novísima estética, declarando "que la perspectiva pictórica *viene de adentro*, no del punto de vista en que estamos colocados materialmente, sino de la situación que nuestra emoción da a las cosas", es algo que todos los artistas practicaron en mayor o menor grado desde los primitivos a nuestros días. Si la exageración a veces es ridícula, casi siempre lleva el germen de muerte de la doctrina que pretende representar de tan caprichosa manera. El arte es limitación. Para ser revolucionario e innovador, no basta no cuidarse de leyes, ni de límites, sino saberse de memoria esas leyes que responden a una armonía íntima e infinita. ¿Qué comentario merecería el artista, que deseando interpretar a su antojo una jirafa, le pintase un cuello corto? Al ingresar voluntariamente en el campo de lo caótico y de lo arbitrario, se retorna otra vez a ese impresionismo tan despreciable, — según los pintores mejicanos,—el cual informa toda la tendencia cubista que es sólo impresión fugaz de planos y volúmenes. Esto ha de notarse quizás más en la pintura que en la escultura y en la arquitectura.

En arte, ni en ninguna disciplina ideológica, somos reaccionarios ni comulgamos con el ultramontanismo académico, pero no vemos bien, que se ponga la misma cosa, en lugar de otra, o sea un idéntico error, en el puesto de otro. Exageró la escuela impresionista, como ahora la flamante, del "expresionismo" o "ingenuismo". Y es natural que así sucede. Un genio que traiga en sí el germen de la innovación, reacciona violentamente ante una fórmula caduca, exagerando lo que él cree su verdad. No es la tendencia, ni la teoría que vale para la eternidad del arte, sino el temperamento más o menos pletórico de dones primordiales para crear. Un pintor malo, empleando cualquier técnica, practicando las más portentosas teorías, será siempre malo o peor, si todavía mezcla la metafísica a la pintura.

Jean Moreas, el vate armonioso y ático, en trance de desaparecer, llamó a su cabezal un íntimo amigo suyo, con quien riñera por triquiñuelas de escuela y le dijo:

—Reconozco ahora que fueron todas ridiculeces, las mías y las tuyas. No hay clásicos, románticos, parnasianos, simbolistas, ni modernistas; existe sólo la eterna poesía de aliento soberano que hubo en todos los tiempos.

En una palabra; reconocemos las múltiples beneficiosas influencias de las reacciones innovadoras, con tal que no afirmen que su verdad es única, inconcusa e irrebatible.

Brevemente nos extenderemos sobre la obra simpática de ambos artistas mejicanos. Diremos por qué nos fueron atrayentes y dignos de una cordial simpatía los cuadros expuestos en los "Tilingos del Arte". Para ello, nos asiste una poderosa razón. Vemos en sus composiciones, arbitrarias de color y perspectiva, un afán de búsqueda y renovación, desconocido en la mayoría de nuestros artistas. En Méjico el academismo era considerado "pompíe" sólo por hallarse en los prolegómenos de los impresionistas; aquí, los que alardean de avanzados y casi revolucionarios, son los zagueros de un impresionismo empalagoso y edulcarado. Fenómeno que nos haría creer que nos hallamos atrasados en muchos años de aquel país, — suposición un poco difícil de comprobar. Por lo pronto, hay una inquietud innegable en estos muchachos, quienes puede que sean un mero reflejo del ambiente en el cual vivieran.

Ya abocados a examinar su pintura, es fuerza declarar que aun carecen de medios de expresión, siempre juzgados desde el punto de vista en que ellos se colocaron y transformarla en materia de arte, para ver la vida.

Los personajes son rígidos, las tonalidades cloróticas y empobrecidas, dando a entender que apenas pueden dominar la paleta. Además revelan una impotencia manifiesta para modelar. De los dos, preferimos a Julio Castellano; se expresa con más franqueza y realiza lo que se propone. Se puede no estar de acuerdo con su especial modalidad; pero debe reconocérsele dotes relevantes para el ejercicio de la pintura.

En cambio no tenemos más que palabras de elogio para los trabajos de los niños. Existen algunos — un interior de cocina — de una verdadera ingenuidad y frescura, que sin desmedro puede compararse con los mejores cuadros de sus mismos maestros.

Por otra parte, creemos que en la transposición del arte autóctono, Gramajo Gutiérrez es infinitamente superior, y en la misma tendencia ultra-modernista Gómez Cornet, en la exposición que realizara en lo de Chandler, les llevaba una gran ventaja a los mejicanos por la honda y casi religiosa visión que aparecía en sus dibujos y cuadros.

Lo que nos merece los más calurosos plácemes es la metodología del dibujo que las escuelas mejicanas adoptaron. En todo coinciden con Malharro; y en el libro que él publicara se hallan numerosos ejemplos, asemejándose sus dibujos tanto a los expuestos, por la espontaneidad y la independencia, que asombra la identidad de los resultados. También Malharro pregonaba que en vez de la disciplina árida de la copia del modelo hecho, debíase despertar en el niño sus facultades creadoras. También él quiso tratar al infante como un hombre primitivo, aceptándole todas las deformaciones, para conservar intacta la personalidad, poca o mucha que poseyera.

Lo malo es que ahora todas esas enseñanzas se aplican débilmente, o no se aplican, olvidándoselas; y luego, a la gente le parecerá una flamante novedad lo del "dibujo mejicano", con el cual los niños llegan a lograr una obra, inimitable para el mismo maestro que le educara. — At.

—(•)—

Versos al segundo

Tú que eres, segundo,
como el latido cálido del mundo;
tú que ni un solo instante
tu aletear incesante
a descansar lo echas
porque todo momento lo aprovechas;
tú que vas de un abismo hasta otro abismo,
cual si llevases alas de optimismo,
tú que de aurora a aurora
eres como el obrero de la hora,
tú que nunca descansas
porque vas como hinchado de esperanzas
insúflale a nuestra alma perezosa
tu incansable aletear de mariposa.

JUAN GUIJARROS

LUCIEN SIMON (S. Witcomb)

Contemplando las admirables acuarelas de este maestro en plena posesión de sus facultades, se nos ocurrió pensar en los ingleses, quienes hicieron de este género de pintura su ocupación predilecta y favorita. Son incontables en Inglaterra los aficionados, y numerosos los artistas que hacen acuarelas hasta agotar la paciencia de los veedores. Y siendo tan cultivada esta especial rama del arte, sería de esperar que hubiera alguien con un talento capaz de singularizarse. A fuer de Turner, quien realizó verdaderos prodigios en la diafanidad y la transparencia de los colores, pocos fueron que pudieran compararse con ventaja con los acuarelistas de otros países.

Lucien Simon alcanza, por la calidad de sus valores, armonías de una riqueza de coloración casi salvaje y turbulenta.

Llegó a tan grande maestría que pareciera que pintase del mismo modo como respira, anda y habla. Pintar, para él, es una función natural; y de ahí la profunda naturalidad de su pintura. Pero sabemos que esa aparente facilidad fué conseguida a costa de resolver dificultades insuperables, a fuerza de un estudio enconado y guiado por una firme orientación como brújula.

No se trata del virtuosismo corriente, verdadero mal oficio, sino de la contribución de todas las facultades del artista, quien ante la naturaleza observa, siente, reflexiona y luego trabaja. No es improvisación, y sí se asciende paso a paso, se trepa peldaño por peldaño hasta llegar a cierto punto de depuración y dominio sobre sus medios. Entonces ninguna facultad traicionará a la otra. Es el equilibrio, la madurez, apta a dar frutos sazonados. A ese estadio o etapa de arribo, arribó con toda felicidad Lucien Simon, cuyas acuarelas pudieran constituir la mejor biografía de su carrera artística. En el prefacio puesto al catálogo de sus obras, se dice que "su visión es realista y objetiva"; dejando de lado la minucia del pleonasma, nos parece que el artista francés rebasa el círculo estrecho de la definición, y podrá ser "realista y objetivo" a lo Jules Renard, quien al presentarnos en sus viñetas los animales más familiares, debemos confesar que nunca supimos verlos. Un "commise voyageur" al viajar por el país armoricano, si antes vió las escenas bretonas de sus cuadros de Simón, se asombraría de no encontrar allí el color, el ambiente y etcétera, y se llamará a engaño.

Sin embargo, el artista no hermoseó, no corrigió la plana a la naturaleza — como hacen muchos — extrajo solamente el carácter, la esencia de lo que se retrataba en el tálamo de sus ojos.

Se completa muy bien la Bretaña de Cottet, con su ininterrumpida tragedia, y la de Lucien Simon, que la endominga y destaca sobre los azules lívidos de un mar tenebroso tonalidades de coloraciones abigarradas que se resumen en una verdadera fiesta de los ojos. Es el anverso y el reverso del abrupto país armoricano, con sus poblaciones que se expansionan, vistiéndose chillona y detonantemente, como si eso también formara parte del programa de sus diversiones dominguera.

El ambiente, el aire que circulan por las acuarelas de Lucien Simon, hacen como si nosotros asistiéramos al jolgorio de esta gente, bien plantada y maciza, que lucha seis días de la semana con la muerte y se desquitan los domingos, entregándose a una alegría ruidosa a fin de aturdirse y olvidar en el placer y el alcohol su vida ruda, siempre amenazada por la inquietud eterna del mar.

Cuando veáis a dos políticos que juntos departen unos instantes de pretendida amistad nunca penséis que en ellos hay sinceridad o que existe armonía. Pensad que es sólo condescendencia, la misma condescendencia que existe entre un gato y un perro que comen en el mismo

L. M. BARAGNAN

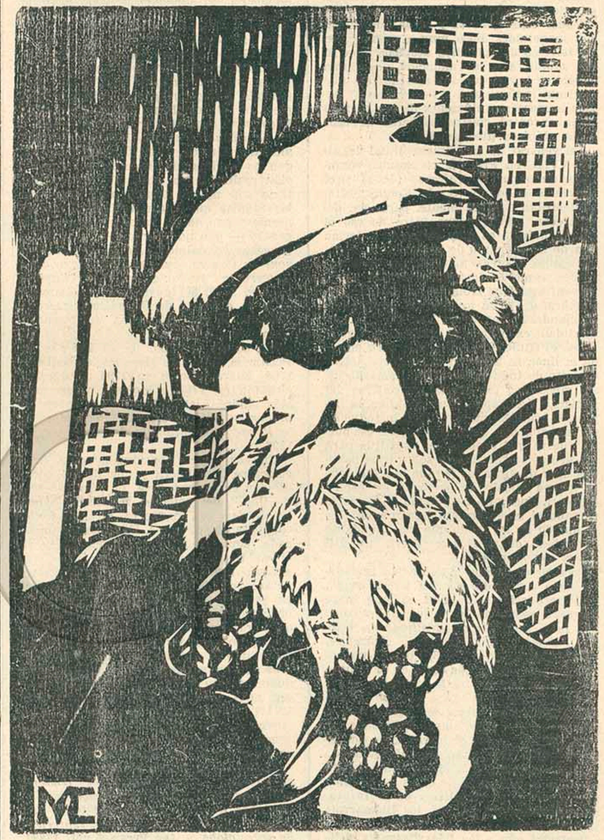
El hombre que yo no conozco

Un hombre que yo no conozco, que ahora no conozco, y que antes era Fernando Quintana, un muchacho alto, que iba a nuestras reuniones del Café Británico...

Uno pálido, de ojos tristes, un poco extravagante, a quien se le atribuía cierta inclinación a los alcaloides...

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, una tarde en que yo tenía ganas de estar callado, como me sucede casi siempre al crepúsculo, llegó a mi habitación. Era, entonces, plenamente Fernando Quintana.



EDUARDO SIVORI (1849-1919) Pintor localista argentino, sobre quien se publicará un artículo en el próximo númerodel SUPLEMENTO.—(*Madera de M. Candle*

Me dijo "hermano" como nunca le había oído, e inició este monólogo:

"Tu sabes quien soy, y debes ser el primero en recibir esta confidencia. No vengo a despedirme sino a anunciarte una grave resolución: me voy. Sí.. Lo he resuelto definitivamente. No puedo más conmigo mismo... Los hombres descontentos son fastidiosos y antipáticos. El mundo se les reduce a sus pequeñas miserias... Me estoy volviendo un descontento, un bilioso insoportable: siempre quejoso, irascible, siempre ahogado por una horrible incertidumbre.

Hoy me quedé en casa, si así puedo llamar a ese rincón de oficina pública que me han cedido por unos días más, pues tengo que buscarme domicilio y pensión.

No sé si conoces un personaje de "La Isla de los Pinguinos", de Anatole France: es un erudido compilador de no sé que cosas, vive entre montañas de notas y apuntes, que un día se desatan y lo ahogan en un diluvio de literatura, de historia, de sapiencia. Ese es el símil más gráfico y más acabado de mi pobre personalidad. En ese maelstrom de papeles, de libros, de versos, de cuentos, de ensayos, de lucubraciones que he creado, me siento asfixiar, ahogar materialmente, como si estuviese viniendo sobre mi alma una avalancha... Solo, pensando, he leído acá, allá, y encuentro eso tan vacío, tan fofo, tan inconsistente, que creo no haber echo nada, y todo se me vuelve humo vano, tan perecedero, tan fugaz!... Y me da miedo, un erizante miedo de que sepan que yo sé esto, y de continuar la tragicomedia absurda. Seguir siendo el poeta, el literato, el optimista luchador y sintiendo roerme el alma del desencanto más atroz, la más terrible pasadilla de una mediocridad tan dura de confesar.

Yo no creo en mí. Por lo tanto no existo. Por eso me voy. Huyo de esta inquietitud maldita, vigilia torturante que me recuerda mi insignificancia. Esta es la condena más refinada que se pudiera concebir para castigar una equivocación...

Veo en el espejo trágico de mi vida. ¿Qué he hecho? ¿Donde me encuentro? Atrás no hay un camino, hay una sombra. ¡Delante un abismo! ¿En qué escudo de creación me defiendo de la flecha del análisis? Y todo esto es por haber bebido veneno de saber. ¡Oh, los malos versos y los buenos sueños! A cambio de una pequeña y limitada luz, perdemos una estrella. Ese interno estímulo, esa confianza de creernos algo...

Lo poco que había en el alma se ha ido esparciendo, regalando, malgastando; se me fué el alma en aprender en vez de concebir, y ahora, en la pobre estancia vacía, el pensamiento se duele de huequismo, de inutilidad. Mi grito en la casa vacía tiene un eco enfático, sin contenido.

¿Continuar?... ¿Valdrá un relámpago de gloria todo este inmenso dolor? ¿Valdrá un superficial recuerdo de estúpidos bimanos egoístas esta inquisidora inquietud?

Seguir la deleznable obra del insecto microscópico, que en la sombra oprimente de la cotidiana y perenne labor gasta la luz divina de la vida, y al fin de ella, detenido por su misma obra, por el Himalaya del polvillo de la madera que ha taladrado, con el orgullo de aquel túnel simétrico que oradó en eternos milenios, va destruir con el leve esfuerzo de un pulgar y un indice humano su obra, su vida, su mundo!

Nosotros también somos "polillas" en la madera del Tiempo. La Eternidad ha de pasar sin vernos.

Muchos colegas siguen por ahí, mintiendo...

Aquel animalillo microscópico llenó su misión, no sabía otra. Pero nosotros tenemos el cerebro.

Yo no puedo seguir con mí ilusión, con mi superioridad: si quiero sonreir me amarga la boca y hago una mueca. Y el dolor, ese trágico escultor que hunde la puñalada inconmiserante de sus arrugas en los corazones, ha hecho bajo mis ojos dos surcos para mis lágrimas de impotencia...

Nuestra misma capacidad comprensiva, creada con tanto amor, nos debe destruir, ¡y quién sino nosotros limpiamos los lentes del análisis y ponemos al fuego el alfiler de sus miradas que ha de trapasarnos las carnes vivas!

Yo, que comprendo, que sé lo que te expreso, debo rebelarme contra ello. Tomar otro camino, hoy que todavía puedo.

Prefiero desaparecer a transformarme en una piltrafa que anda.

Tú habrás sentido a muchos hombres olor a muerto.

Es el fracaso que llevan dentro. Sonrien. Pero uno ve por la ventana abierta. Allí adentro está el horror.

¿Qué voy a hacer?... Sí, arrojar de mí eso que ha muerto, que ha fracasado, que ha dejado caer las alas en el camino y sigue, como una cadena prendida a mi yo.

No soy sólo eso. No soy eso que ha caído. Es verdad que llevo un muerto dentro, como el barco trágico de Ibsen. ¡Un muerto en la bodega!

La tripulación se amotina, reza o llora, pero va a su fin. Llegarán a algún puerto, o conseguirán una noche, en silencio, arrojarlo al agua...

Y yo hermano! Y yo!?

He resuelto tirar "eso" por la borda, para ser otro. Tú no me conocerás más porque es posible que sea yo el que me tire, que me arroje el otro, ¿entiendes?

Nadie más me conocerá... No tendré amigos ni conocidos ni familia ni patria, pero no llevaré un muerto arriba, un muerto en la bodega!

ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

III
(*Continuación*)

De mayor importancia que algunas de las últimas mencionadas es una de las pocas utopías inglesas del siglo XVIII, *The Adventures of Signor Gaudentio di Lucca* (por S. Berington), Londres, 1737, nueva edición en 1748 y en Edinburgh, 1761, 1774, 1786, 1803; en francés: *Memoires de Gaudence de Lucques*... 1746, 1753, 1777 y en la gran colección de 1787, vol. 6; traducción alemana, 1792. Ignoro el carácter de los *Viaggi di Enrico Warton alle Terre Incognite Australi ed al Paese delle Scimie* (monos) *tradotti da un manoscritto inglese*, Venecia, 1749, pero que parece ser de un veneciano, Zaccaria Seriman; otra edición, Nápoles, 1756.

Hay que agregar a esta lista muy poco completa ese género de novelas educativas de tendencias utópicas que tienen por cuadro la vida de un soberano antiguo o bien ficticio, y su educación, sus actos idealizados, sirviendo el todo de contraste a los reyes de la época, desprovistos de todas las nobles cualidades que se acumulaban sobre esos reyes de la utopía. El público contemporáneo ha debido comprender las intenciones de esa idealización, no del rey del presente, sino de otro, porque las ediciones de algunos de esos libros son muy numerosas, — por lo demás el ejemplo más conocido de ese género, el *Telémaco* de Fenelón, es uno de los libros más difundidos, lo mismo que los *Travels of Cyrus* (Viajes de Ciro), 1727; — existe *Lethos*, del abate Terrasson, obra de tendencias masónicas, 1731, 1732, en el tomo III; traducción alemana: *Geschichte Sethos, Konigs von Aegypten*, 1794; ese libro ha servido para la confección del texto de la *Zauberflote* de Mozart; — más tarde aparecen utopías educativas de tendencia muy retrógrada, como las del barón de Haller, *Usong*, 1771, *Alfred, Konigg der Angelsachsen*, 1773, etc.; — existe por ejemplo *Le Vieillard abyssin*, 1779; *Tulikan, fils de Gengiskan*, 1801, y ese género expira, por decirlo así, en *Numa Pompilius*, por N. de Florian, en 1785- 1786.

Otro cuadro hace llegar un salvaje honesto, ingenuo, noble, no corrompido, a París y decir francamente lo que piensa de los productos de la civilización artificial y viciada. Los *Dialogues ou Entretiens entre un Sauvage et le baron de Hontou* (viajero), por Nicolás Guendeville, 1704, introducen el Hurón noble; más tarde el taitiano reemplaza al hurón, así: *Le Sauvage de Taiti aux Francais*..., 1770 (por Nicolás Bricaire de la Dixmerie). — A ese género se relacionan las numerosas series de cartas supuestamente escritas por extranjeros lejanos que examinan las cosas de Europa con un espíritu más justo; es honor de los sentimientos cosmopolitas de esa época el que se haya podido elegir ese cuadro, y al reverso, ese cuadro fortificó sus sentimientos: en esa época no se burlaba uno aún, por principio, de los extranjeros, se les estimaba algunas veces. Hubo así las famosas *Lettres Persanes* de Montesquieu, y las *Lettres d'un Sauvage dépaysé*..., las *Lettres egyptiennes anglaises*, 1742, las *Lettres juives*, (por el marqués d'Argens), 1738, 39, las *Lettres iroquoises*, 1752, las *Lettres d'Osman*, 1753, etc.

Hubo, además, el género de las *islas*, empleado a menudo en el teatro, *L'Isle des Esclaves*, 1725, por Marivaux, *Le Paysan gentilhomme... avec son Voyage aux Isles Jumelles*, 1737, por Cataldé), etc. y hay innumerables *islas alegóricas o satíricas*, la isla taciturna, la isla festiva, la isla del amor, *Voyage Merveilleux du Prince Fan-Férédan dans la Romancie, Voyage misterieux al'Ile de la Vertu*, la isla de los hermafroditas, etc.

Todos estos géneros y otros semejantes son inagotables, pues muy a menudo, en las novelas de episodios utópicos, una isla cualquiera o la fundación de alguna república lejana son intercalados sin que el título indique eso, y no es sino al hojear numerosos volúmenes de ese período cómo encontré ciertos números de esos oasis utópicos diseminados.

En general, en la primera mitad del siglo XVIII, en Francia, el impulso comunista dado por D. Vairasse (1675) y el libertario dado por G. de Foigny, 1676, se debilitan continuamente, para casi desaparecer, mientras que fuera de eso el género utópico es muy estimado y forma una de las maneras de hablar libremente, semejante a otras maneras en boga entonces, como la impresión de los libros no censurados en Holanda, en Londres, en Ginebra, o — con muchísima frecuencia — clandestinamente en Francia con una localidad extranjera o ficticia cualquiera en el título. Todo eso, la *crítica* en toda la línea se hizo con el concurso activo o tácito de toda la Sociedad, hasta hacerse impotentes los medios coercitivos del gobierno. La utopía, el pseudónimo, la impresión clandestina o el libro introducido de contrabando, todo pertenece a esa buena guerra que preparó los espíritus para la revolución. Si insisto sobre esos métodos muy diversos, es porque nos incumbe la misma misión de preparar los espíritus para una gran revolución y eso sería extraño si la naturaleza humana hubiese cambiado de tal modo que esa abundante diversidad de medios no fuera tan útil ahora como entonces.

Avanzó el tiempo y la crítica socialista nació por medio de una nueva utopía muy reconocida que eleva el tono sobre los *Sevarambes* de 1675; fué el *Naufrage des Isles flottants ou Basiliade du célébre Pilipai*... por Mr. M... (Morelly), en Messina (París), 1753, libro de un autor que habló aun más claro en el famoso *Ode de la Nature, ou le veritable esprit de ses lois, de tout temps négligé ou méconu* (En todas partes, en casa del verdadero sabio, 1755; otras ediciones en 1757, 1841 y en los primeros años del siglo actual). Este autor no fué olvidado; se conocía también a Mably, un poco de Meslier, a Diderot y a otros y en ellos se formaron los socialistas de la revolución francesa, los Babeuf, los Buonarroti y otros.

Preferiré aún a las *Islas flotantes* el libro muy raro *La Republique des Philosophes, ou Histoire des Ajaoiens. Ouvrage Posthume de M. Fontenelle*... (en Ginebra, 1768, 8 y 188 págs. 12°) que se dice el relato del viaje de un S. von Doelvelt en 1676, traducción del original flamenco. El autor es desconocido. Esa utopía tiene partes verdaderamente libertarias y otras que forman verdaderas tachas, pero en general es quizás la fina flor de la literatura utopista francesa del siglo XVIII.

Hay otras utopías: *Entretien d'un Européen avec un insulaire du Royaume de Damocala*, de la cual una edición, no la primera, es de 1755; el autor fué Stanislas Lesczynski, rey de Polonia, el suegro del rey de Francia, Luis XV; no es una utopía revolucionaria, claro está; — *Le Voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitantes de la Terre*, por M.. de Listonai, Amsterdam, 1761); —*Les Hommes volants, ou les Aventures de Pierre Wilkins* (por de Puisieux,, 1763; — *Account of the First Settlements... of the Cessares*... (Informe de la primera fundación, de las leyes, forma de gobierno y administración de los Césares, un pueblo de la América del Sur...), 1764, por James Burgh, libro que no he visto jamás; —*Histoire naturelle, civile et politique des Galligénes, antipodes de la nation française*, 1765, otra edición en 1770; —*L'An 2440, Revé s'il en fut jamais*, por Mercier, el autor muy conocido que desempeñó aún un cierto papel durante la revolución francesa, entre los moderados, Londres, 1771, y buen número de otras ediciones y traducciones, utopía del progreso general no socialista; — Restif de la Bretonne, fértil en concepciones utópicas, reunió a la extrema utopía el proyecto inmediato, como en el siglo XVII en Inglaterra los Plockboy y Bellers ("colegio de industria"). Así redactó los *Status du Bourg d'Oudun, composé de la Famille R..., vivent en commun*, después de las ediciones de su *Paysan Perverti*, 1776, y escribió en un sentido avecinado a la práctica *Le Themosgraphe, ou Idées d'un honnete Home, sur un projet de réglament, proposé a toutes les nations de l'Europe pour operer une Reforme générale des Loix* (en La Haya, 1789, 590 págs), conteniendo en las páginas 515-556 una pequeña obra teatral: *El año 2000*; profundiza más en el socialismo en su *Andrographe* de 1782, primero titulado *Antropographe*, y está por completo en el socialismo en su utopía *La Découverte australe par un Homme volant ou le Dédale français*, 1781; traducción alemana, Dresde, 1784. Observo al pasar que los escritos que hacen alguna proposición realizable por una iniciativa voluntaria son mucho menos numerosos que las utopías que hacen reclamaciones generales; uno de los raros escritos de ese género — que no he visto — debe ser el proyecto (anónimo): *Maison de réunion pour la Communauté philosophique dans la terre de l'Auteur de ce projet* (Euphrate, Aix, 1779, 8°) cuyo autor se llamaba J. A. V. d'Hupay de Fuvea, un "preconizador de la vida en común" muy ignorado por lo demás.

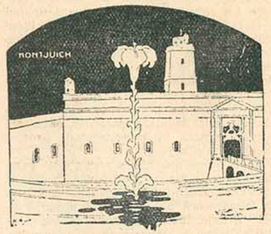
Un poema utópico es el *Teléphe de* Pechméja, uno de los enciclopedistas, 1784, nueva edición en 1795, traducción alemana en 1784 e inglesa; véase también André Lichtemberg, *Nota sobre un precursor del socialismo*: *Pechméja*, en la *Revue internationale de sociologie*, I., 1893.

En esa época aproximadamente debe colocarse la primera y una de las pocas utopías en lengna rusa, el *Viaje al país de Ophir*, del príncipe M. M. Schtscherbatoff, que se encuentra en la edición completa de sus obras. Es pesada y moderada, pero es una utopía genuina y en el estudio de Tchetschulin que le es consagrado (1900) he podido ver que varios autores utopistas habían sido traducidos en el siglo XVIII al idioma ruso, cosa bastante notable, dado el pequeño número de libros que se imprimían entonces en Rusia, no sólo por causa de la censura, sino también porque casi todos los hombres que leían, sabían el francés y a menudo también el alemán. Las utopías existen, pues, también en la Rusia del siglo XVIII, rarísimas sin duda hoy, pero yo mismo encontré un día, con mi gran sorpresa, las *Lettres Persanes* de Montesquieu en ruso, San Petersburgo, 1789.

El famoso Casanova ha escrito también su utopía: *Icosaméron, ou Histoire d'Edouard et d'Elisabeth qui passérent 81 ans chez les Mégamicres, habitants aborigenes du Protocosme dans l'interieur de notre globe*... (en Praga, 5 vol., 1788), libro rarísimo que no he visto; se dice que es más dado a fantasías en el terreno de la historia natural, la cosmogenia y otras, que en el terreno social, pero no puedo garantizar la exactitud de esas apreciaciones.

Se podría mencionar aun el libro: *Republique Universelle, ou l'Humanité ailée reunie cous l'Empire de la Raison* — está *alada* en nuestros días pero el imperio de la razón reune menos que nunca! — libro que se dice "por Reinser, II, de la ciudad de los ginebrinos, el 30 del Balance del año 1788" y el año primero de la razón, publicación bastante curiosa. — Más curioso y enigmático para mí, antes de que lo examine de nuevo, pero cargado de presagios revolucionarios, es el libro en dos pequeños volúmenes *Zilia et Agathide, ou la Volupté et le Bonheur*, por M..., en Madrid (París), 1787, libro que parece presentir los acontecimientos que se aproximaban; el autor es desconocido.

En 1787-89 se publicó la gran colección *Viajes imaginarios, sueños, visiones y novelas cabalísticas*..., recogidas por Garnier en 39 grandes volúmenes; se comienza por las utopías serias, pero se procede a dar muestras de todos los géneros, las alegorías, los sueños de un ocultismo de fantasía, el *conde de Gabalis* y sus semejantes, y se llenan los tres últimos volúmenes de verdaderos naufragios. En resumen es una colección muy variada y que, en vísperas de la revolución, estaba verdaderamente en su puesto para resumir toda esa literatura en sus producciones más graciosas.



¿Sería preciso aun recordar la utopía educativa: *Emile* de Jean Jacques Rousseau, que es otra cosa? La educación era uno de los raros terrenos en que — aparte del pobre pueblo, privado con muchísima frecuencia de educación — se tenían los codos bastante libres, al menos en ciertos países, para emanciparse de los obstáculos del pasado y el tiempo de Pestalozzi, Rousseau, Basedow, Campe, Bell y Lancaster hizo lo suyo sin ese recurso. El *Robinson Joven*, narrado por Campe, libro infinitamente difundido en Alemania durante un siglo, es una de esas utopías educativas prácticas, y la cadena es interrumpida desde allí a la novela educativa, del género de *Wilhelm Meister's Lehrpahre y Wanderjahre* de Goethe, de las novelas de educación principesca de Wieland, *Des goldene Spiegel*, 1772, etcétera. Wieland utiliza mucho la forma utópica, sin hablar de sus proyectos inacabados. Se consultaría útilmente al Dr. Oskar Vogt, "*Der goldene Spiegel" und Wieland's politische Ansichten* (Berlín, 1904) y *Euphorion*, XVI, 1906, págs. 616-620, y *Louis Sebastien Mercier's Beziehungen zur deutschen Literatur*, por Oscar Zollinger (*Zeitschrift für frantosische Sprache und Literatur*, XXV, 1903, págs 87-121. — De los escritos franceses que apelan particularmente a la vuelta a la naturaleza, recuerdo *Imlee ou la fille de la nature*, por Doulaurens, 1765 y el *Eléve de la nature*, por Beaurieu, libro reimpreso algunas veces.

Es preciso aun tener en cuenta la influencia del cuento alegórico espiritual que es aun una forma de la utopía tal como el famoso *Cándido* de Voltaire, y su *Zadig*, su *Micromegas*, escritos que no podían menos de crear todo un género de imitaciones. Sylvain Marechal se creó el país utópico de los pastores arcadianos, patriarcales y anarquistas a la vez: su *L'Age d'Or*... por el pastor Sylvain (en Mitylene y en París, 1782) hay el anarquismo pastoral utópico más dulce; es una utopía educativa diseminada en historietas, de las cuales una contiene ya la grave lección de la *huelga general*, primera evocación quizás de esa idea después de la *Servidumbre voluntaria* de Etienne de la Boettie en el siglo XVI. Y pocos años después, en el año II, 18 de octubre de 1793, se interpreta su obra teatral *Le jugement dernier des rois. Prophetie en un acte* — pieza que hace desembarcar los reyes de la época y a la emperatriz Catalina II en una isla desierta donde se dicen verdades, se querellan y al fin se abre un volcán que los devora a todos.

Al considerar el período anterior a 1789 y 1793, alcanzado hasta aquí por este vistazo rápido sobre las utopías, observamos quizás períodos de impulso y períodos de decadencia, y cómo al lado de una obra autoritaria se coloca pronto una obra libertaria. Tenemos, pues, a *Platón* y a *Zenón*, luego a *Moro* y a *Rabelais*, luego a *Vairasse* y de *Foigny*, luego a *Morelly* y al autor de los *Ajaoiens* y más tarde, al lado de los autoritarios como *Rousseau* y *Voltaire* están *Diderot* y *Sylvain Maréchal*. La nota libertaria es más débil, menos numerosa, eso se comprende, dadas las espantosas disensiones de la infección autoritaria de la humanidad. Pero la libertad ha estado en su puesto cuando era preciso, y lo estará siempre.

Para juzgar del efecto de las grandes utopías, sería preciso ante todo examinar si otra literatura socialista, teórica y propagandista estuvo ante el público al mismo tiempo que las utopías: se encontraría probablemente que hubo excesivamente poco y si hay socialismo diseminado en algunos libros que están ligeramente impregnados de él, hay muy poco socialismo, a menudo casi nada, en publicaciones especiales, fácilmente accesibles; no había periódicos socialistas, casi no había libros, y folletos y manifiestos, más que en tiempos de crisis, con gran riesgo, mientras que las utopías circulaban bastante libremente, al menos no recuerdo haber leído de persecuciones memorables. Entonces fueron un vehículo de las ideas que en su tiempo hicieron lo mejor que se podía hacer, y se adquiere la impresión de que no fué el interés del público lo que les faltó, sino que hubo demasiado pocos autores capaces de escribirlas; en efecto, hubo Moro, Bacon, Campanella, Harrington, Vairasse, de Foigny, Morelly, el autor de los *Ajaoiens*, Restif, y pocos otros. En Inglaterra la literatura social, desde Wistanley, es interrumpida; están Hobbes, Locke, Hume — uno de sus discursos se titula: *La idea de un perfecto gobierno* (*Political Discurses*, segunda edición, 1752, págs. 281-304) — y la masa de los economistas clásicos y pre-clásicos y de muy buenos autores y panfletarios socialistas en el siglo XVIII. En Francia hay bastante literatura económica, pero poca literatura social durante ese tiempo y la crítica social se encuentra sobre todo en los libros de crítica moral y de libre pensamiento.

En suma, yo pienso que la utopía ha cumplido su misión en los siglos pasados; fué un faro que de tanto en tanto, brillantemente, iluminó a la humanidad y le mostró el camino del porvenir; sin ella, ¡dónde se habría extraviado la pobre humanidad, puesto que está tan insegura de la ruta a seguir y patina sobre el mismo lugar, si no retrocede!

Max Nettlau

Es la única manera de lavar mi falta y poder vivir libre, con ese sagrado derecho de vivir que tienen las cosas, los animales y los hombres."

Cuando terminó, — hacía rato que la obscuridad no me permitía verlo — no sentí sus pasos ni el abrirse de la puerta, pero comprendí que ya se había marchado.

Encuentro a veces a Fernando Quintana. Tiene una luz nueva en los ojos. Camina más erguido, más recio. Lo veo sucio de cal, volver de "su" obra riendo con los otros compañeros.

Una vez lo ví entrar en una taberna. Otra, llevaba del brazo una mujer, y una flor en la boca, como si volviese del campo.

Cantaba otra vez.

Y yo, naturalmente, no lo conozco.

M. BALLESTEROS

BIBLIOGRAFIA

Noja Ruiz, Higinio — "Los Sombríos", novela social (un vol. en 8 de 173 págs.). Edición de la Librería Internacional, París, 1925. —

El anarquismo literario no tuvo nunca mucho predicamento en España; un Ghiraldo, que haya disfrutado allí de tanta popularidad y de tanta influencia como éste en la Argentina, no lo hubo. Ultimamente aparecen algunos, como Felipe Alaiz, que se esfuerzan por elevar el pabellón de la literatura en el campo anarquista; pero no existe la perspectiva de que todo el movimiento se subordine a las concepciones estéticas de algunos de sus miembros; más bien hay que esperar que el movimiento siga su camino de lucha y se desenvuelva, como hasta aquí, con una relativa independencia de las orientaciones poéticas y literarias.

De entre los jóvenes no desprovistos de cualidades para una obra literaria hay que nombrar a Noja Ruiz, que acaba de publicar un pequeño volumen novelesco con el título de *Los Sombríos*. Es un trabajo descriptivo, sin complicaciones, que se lee de un solo tirón. La acción que se desarrolla es muy sencilla: se presenta al lector una buena descripción de una población minera en sus aspectos internos y externos, con su miseria extrema y sus odios irreflexivos; el héroe de la narración llega a ese lugar, se apiada de los desdichados y trabaja con ellos, luego es despedido y abre una escuela, se convence de que la escuela sola es insuficiente y organiza una Sociedad obrera de resistencia; finalmente se va a una larga huelga que lleva a la desesperación, se producen choques con las fuerzas armadas y el movimiento se pierde; el héroe de la narración es llevado a la cárcel. La población es probablemente Río Tinto y la gran huelga a que la novela se refiere es la que todos conocemos. Hay páginas interesantemente escritas y el episodio de la liberación de un preso por las mujeres de la población minera es el más impresionante del libro.

Pero queremos hacer algunas observaciones críticas, pues Noja Ruiz se propondrá, seguramente, producir nuevas obras y debe progresar en un sentido de perfeccionamiento si quiere realizar una labor útil. La tesis doctrinaria de la novela, y en una novela social como ésta no puede pasársela por alto, es frágil. La posición del héroe, Ricardo Ruíz, merecerá siempre las justas críticas de los huelguistas; su oposición a la violencia y a la huelga en las condiciones que describe la novela es digna de un cura protestante o de un sindicalista a lo Don Sturzo o a lo D'Aragona. Noja Ruíz haría muy bien en leer el folleto de Rocker "*La lucha por el pan cotidiano*", para darse una idea de la debilidad de las ideas expuestas en su libro. Por otra parte hay una gran pobreza de argumentos en pro de la tesis cultural y racionalista de Ricardo Ruíz; sus puntos de vista no convencen ni inspiran respeto. Se advierten a cada momento sus contradicciones y su posición falsa y, como interesados en las luchas del proletariado, no podemos menos de reaccionar contra la táctica que este librito prestigia.

En una palabra, recomendamos literariamente el libro, pasando por alto algunos defectos gramaticales que el autor irá corrigiendo, como la forma imperativa: "No temblad", no permitida por la Academia de la lengua española; pero como novela de tesis no nos satisface, falta profundidad, falta seguridad en el autor, faltan convicciones solidamente establecidas.

Y expresamos así nuestra opinión, porque en nuestra prensa española es habitual el ditirambo elogioso y no es conveniente mentir a nuestros propios camaradas. El autor de la novela *Los Sombríos* es capaz de hacer algo mejor y para ello debe reconocer las deficiencias que indudablemente existen en su último libro.

D. A. de S.

"LA CAMPANA DE PALO" —

A nuestras manos arribó una revista de formato reducido y que responde al título de "La Campana de Palo".

Modesta en su presentación, parece ser destinada al papel de Cenicienta entre sus numerosas hermanas mayores y menores: unas obesas, otras vestidas de colorinches y las más ostentando grandes títulones que, a falta de pergaminos nobiliarios, poseen el imantado don de azuzar la curiosidad pública con el escándalo o el suceso estrepitoso del día o de la semana.

Nada bueno podemos augurarle a esta cenicienta que apareció en una hora impropia e inopinada, más que las buenas y humildes intenciones que parecen orientar su prédica no sucumban bajo el peso abrumador del silencio desdeñoso y despreciativo de sus hermanos mayores y menores. Aunque las Cenicientas, si se salvan invariablemente en los cuentos de Calleja, en la realidad siempre son vencidas y sepultadas en el olvido.

COMO VIVIMOS Y COMO PODRIAMOS VIVIR

(*Conclusión*)

LAS MENTIRAS DE NUESTRA CIVILIZACION

Hay que tener presente que al menos en todo el país civilizado, hay abundancia de todo para todos, o podría haberla aún con la mala dirección actual del trabajo; la distribución equitativa de la riqueza que existe, haría a todos relativamente acomodados; pero esto no es nada en comparación con la riqueza que pudiera haber si el trabajo no estuviese mal dirigido.

Obsérvese que en los primeros días de la historia, el hombre era el esclavo de sus necesidades más inmediatas; la naturaleza era poderosa y él era débil, tenía que luchar constantemente por su pan de cada día y el abrigo que podía conseguir. Su vida estaba atada y limitada por esta lucha constante; toda su moral, ley, religión, era el resultado y el reflejo de esa incesante lucha por ganarse la vida. Pasó el tiempo, y poco a poco se hizo más fuerte; cada paso le servía de palanca para subir un peldaño más, hasta que ahora, después de tantos siglos, ha vencido a la naturaleza casi por completo, y sería de pensar que tuviera ya suficiente tiempo libre para elevar sus pensamientos hacia cosas superiores a lo de proporcionarse la comida de mañana. Pero, ¡ay! su progreso ha sido interrumpido y paralizado, y aunque realmente ha vencido a la naturaleza obligándola a hacer lo que quiere, tiene todavía que conquistarse a sí mismo, tiene todavía que pensar cómo emplear mejor las fuerzas que ha domeñado, pues ahora las usa ciega y brutalmente, como impelido por la pura fatalidad. Casi parece como si algún fantasma de la incesante busca de alimento, que antes era el dueño del salvaje, acusase todavía al hombre civilizado, quien se afana en un sueño, por decirlo así, perseguido por nebulosas esperanzas y llevado por vagos recuerdos de los días pasados. De este sueño hemos de despertarnos y llevar las cosas como realmente son; la conquista de la naturaleza es completa y ahora nuestra tarea es y ha sido desde mucho tiempo, la organización del hombre que maneja las fuerzas de la naturaleza; y mientras esto no se haya intentado al menos, no quedaremos libres de aquel terrible fantasma, del miedo al hambre que con su hermano demonio, el deseo de dominación, nos impele a la injusticia, la crueldad y vileza de toda clase; dejad de temer a vuestros prójimos y aprended a confiar en ellos; acabar con la competencia y establecer la cooperación, es nuestra única necesidad.

Entrando más en los pormenores, sabido es que en la civilización, todo individuo vale más, por decirlo así, que su pellejo; es decir, trabajando socialmente, como debe trabajar, puede producir más de lo necesario para mantenerse vivo y en buen estado, y esto ha sido durante muchos siglos, desde los tiempos en que las tribus guerreras empezaron a hacer esclavos a sus enemigos vencidos en vez de matarlos, y, naturalmente, su capacidad de producir excedente ha ido aumentando cada vez más hasta que hoy un individuo, por ejemplo, puede tejer tanta tela en una semana, como bastaría para vestir toda una aldea por una serie de años; y el verdadero problema de la civilización, ha sido siempre lo que haremos con esta producción excedente del trabajo, problema que el fantasma del temor al hambre y su compañero el deseo de dominio ha llevado a los hombres a resolver siempre de mala manera y peor tal vez en estos últimos tiempos, en que el excedente de producción ha crecido con una rapidez tan prodigiosa. La contestación práctica ha sido siempre que el hombre ha de luchar con su prójimo por la posesión privada de una parte indebida de este exceso, y toda clase de artificios han sido empleados por aquellos que se encontraron en posesión del poder de quitarla a otros, para mantener a los que habían robado en sumisión perpétua, y estos últimos, como he indicado ya, no tenían medio de resistir este esquileo, mientras eran pocos y diseminados, y por consiguiente podían sentir poco su opresión común. Pero ahora que, gracias a este mismo afán de ganancia o participación indebida del exceso de producción, los hombres han venido a depender cada vez más uno de otro para la producción y han sido impelidos por este afán a unirse más completamente, la fuerza de los trabajadores, es decir, de la clase robada o esquilmada, ha aumentado enormemente y no les falta más que comprender que poseen este poder. Cuando hayan llegado a esto, podrán dar la verdadera contestación a la pregunta: ¿qué ha de hacerse con el extra-producto del trabajo más allá de lo que el trabajador necesita? Esta contestación, es que el trabajador tendrá todo lo que produce, o que no será esquilmado de ninguna manera, y téngase presente que produce colectivamente y por esto hará eficientemente el trabajo que se pedirá según su capacidad, y del producto de este trabajo tendrá lo que necesite, puesto que no puede usar más de lo que necesita, puede solamente malgastarlo.

Si este arreglo os parece exageradamente ideal, como podría ser, considerando nuestro estado actual, lo apoyaré diciendo que cuando los hombres estén organizados de modo que su trabajo no se malgaste, quedarán aliviados del temor de morirse de hambre y del deseo de dominar, y tendrán la libertad y el tiempo de mirar lo que realmente necesitan. Pues bien; algo de esto lo concibo para mí mismo, y voy a exponer mis ideas de modo que cada uno pueda compararlas con las suyas propias, rogando se tenga siempre presente que precisamente las diferencias en las capacidades y deseos de los hombres, después de satisfacerse la necesidad común de la alimentación y abrigo, facilitarán la satisfacción de sus deseos en el estado comunal de las cosas. ¿Qué es, pues, lo que yo necesito y lo que las circunstancias en que vivo, mis tratos con mis prójimos pueden darme, prescindiendo de accidentes inevitables que la cooperación y previsión no pueden impedir, si realmente existen tales accidentes?

BUENA SALUD DEL CUERPO Y DEL ESPIRITU

Ante todo, exijo buena salud y declaro que una enorme proporción de gente civilizada apenas sabe siquiera lo que esto significa. Sentir la vida por sí sola, como placer, disfrutar por el movimiento de sus miembros y el ejercicio de sus facultades físicas, jugar, por decirlo así, con el sol, el viento y la lluvia, gozarse en la satisfacción de los apetitos físicos naturales de un animal humano, sin temor de degradación ni idea de hacer mal; todo esto de estar bien formado, con los miembros derechos, de buena constitución, de cara expresiva; en una palabra, ser hermosos: es lo que pido también. Si este deseo no se nos puede satisfacer, seremos unos pobrecitos, después de todo; y pido esto en franca oposición contra aquellas terribles doctrinas de ascetismo que, nacidas de la desesperación de los oprimidos y degradados, se han empleado durante tantos siglos como instrumento para la continuación de esta opresión y degradación.

Creo que esta pretensión de un cuerpo sano para todos, lleva consigo todas las demás pretensiones debidas, pues quién sabe por quién fueron sembradas primeramente las simientes de la enfermedad que padece, hasta la gente rica, tal vez por los excesos de algún antepasado, pero muchas veces, sospecho, por su pobreza. Y en cuanto a los pobres, he oído decir a un médico distinguido, que éstos sufren siempre de una sola enfermedad, el hambre, y sé que cuando un hombre está cargado excesivamente de trabajo no puede disfrutar la clase de salud de que habla, ni puede, si está continuamente atado al mismo trabajo mecánico sin esperanza de salir del mismo, ni si vive en continua angustia por sus medios de vivir, ni si tiene mala vivienda, ni si está privado de todo disfrute de la belleza natural del mundo, ni si carece de diversión para vivificar la corriente de su espíritu de cuando en cuando; todas estas cosas que tocan más o menos directamente su condición física, derivan de la pretensión que presento de vivir en buena salud; hasta sospecho que estas buenas condiciones deberán haber regido por unas cuantas generaciones antes que la población general sea verdaderamente sana en el sentido indicado arriba; pero tampoco dudo de que en el curso de los tiempos, en cooperación con otras condiciones de las que hablaremos luego, se criará gradualmente tal población sana que vivirá disfrutando la vida animal al menos y por lo tanto feliz y hermosa, conforme la hermosura de su raza.

EDUCACION

Lo segundo que pido es la educación, y no digáis que ya ahora todo niño inglés se educa, pues esta clase de educación no responde a mis deseos, si bien admito de buena gana que es algo; pero al fin y al cabo es solamente educación de clase; lo que yo pido es la educación liberal, es decir, facilidad de participar en todos los conocimientos que existen en el mundo, según mi capacidad o inclinación y también de tener mi parte de habilidad manual, sea en las manipulaciones industriales, sea en las bellas artes, pintura, escultura, música, representación dramática y cosas por el estilo; pido que se me enseñe, si es posible, más de un arte para ejercerlo en beneficio de la comunidad.

También sé que esta demanda de educación implica la de ventajas en forma de bibliotecas, escuelas, etc. tal como nin-

gún particular, aun el más rico, puede tener a su disposición; estas cosas las pido muy confiadamente, estando seguro de que ninguna comunidad razonable podrá dispensarse de tener semejantes ayudas a una vida decente.

Por otra parte la petición de educación implica una demanda de abundante tiempo libre, que también presento con la seguridad de que se me conceda, pues cuando hayamos sacudido la esclavitud de la sed de ganancia, el trabajo se organizará tan sin despilfarro de tiempo que ningún individuo pueda quedar con una carga pesada, teniendo cada uno que hacer alguna cosa obviamente útil. En la actualidad se observa que toda la asombrosa maquinaria que hemos inventado, ha servido solamente para aumentar la ganancia que unos individuos se meten en el bolsillo para su propia ventaja, empleando una parte como capital para producir más ganancia con todo el despilfarro inherente, y parte como riqueza privada o medios de vivir con lujo, lo que a su vez es puro despilfarro; pues, en efecto, ha de considerarse como una especie de fogata en que los ricos queman el producto del trabajo que han robado a los trabajadores más allá de lo que pueden utilizar. Por esto digo que, a pesar de nuestras invenciones, bajo el sistema actual la existencia de estas máquinas que llaman ahorradoras de trabajo, no hace que los trabajadores trabajen menos; pero cuando las cosas estén mejor arregladas servirán realmente para ahorrar trabajo, y el resultado será una cantidad enorme de tiempo libre para la comunidad.

TIEMPO LIBRE

Con respecto a este ocio puedo decir que como en ningún caso lo usaría para hacer mal a nadie, al contrario, haría muchas veces un bien positivo para la sociedad, practicando artes u otras ocupaciones para mis manos o cerebro que darían placer a muchos de mis compañeros; en otros términos, gran parte del mejor trabajo se haría precisamente en las horas de ocio, por hombres libres de toda angustia y deseosos de ejercer su talento especial, como por naturaleza desean todos los hombres y hasta todos los animales.

Este ocio me haría posible también darme gusto y espaciar mi mente viajando si me diera la gana, pues si por ejemplo fuese zapatero y estuviera establecido el orden social, no estaría obligado a seguir toda la vida haciendo zapatos en el mismo lugar, sino que sería fácil arreglar las cosas de modo que pudiera hacer zapatos durante una temporada, digamos, en Roma y volver luego con nuevas ideas de construcción que tal vez podrían ser de alguna utilidad en Londres.

Por otra parte, para que mi ocio no degenere en ociosidad o haraganería, debo pedir que se me dé trabajo útil que hacer. Nada es más importante que esta demanda, sobre la cual he de explicarme con alguna extensión. He dicho que probablemente emplearía mi ocio en hacer mucho de lo que hoy se llama trabajo, pero es evidente que si soy individuo de una sociedad socialista, he de hacer la parte que me toque del trabajo pesado, si mi capacidad me lo hace posible, mi parte de aquel trabajo, absolutamente necesario para la existencia de una vida social por sencilla que fuere. Naturalmente, debe ser trabajo razonable, es decir, trabajo cuya necesidad la comprenda cualquiera y que, como individuo de la comunidad, he convenido en que debe hacerse. Para tomar dos ejemplos gráficos en sentido contrario, no me someteré a que me vistan de rojo y me embarquen para tirar contra los franceses o alemanes o árabes, en una disputa que no entiendo; antes me rebelaré que hacer esto.

Ni consentiré en malgastar mi tiempo y fuerzas para hacer alguna fruslería que solo un loco puede desear; antes, me sublevaré que hacer esto. Ciertamente, en una sociedad bien ordenada no tendré necesidad de sublevarme contra semejantes sinrazones; hablo solamente desde el punto de vista de la manera como vivimos y cómo podríamos vivir. Por otra parte, si el trabajo razonable y necesario es del género mecánico, se me debe ayudar con una máquina, no para abaratar el trabajo, sino para invertir el menor tiempo posible y para que pueda pensar en otras cosas mientras dirijo la máquina; y si el trabajo es especialmente rudo y cansado, se me concederá que debe hacerse por turno; lo mismo puede decirse del trabajo sucio.

EL TRABAJO AGRADABLE

La última exigencia que tengo con respecto a mi trabajo, es que los lugares en que lo he de hacer, sean fábricas, sean talleres, han de ser agradables, como son los campos en que se hace el trabajo más necesario que ningún otro. Creedme, no hay nada en el mundo que impida que esto sea así, prescindiendo de la necesidad de hacer ganancias, pues el hacer trabajar a la gente en cuevas sucias, ruidosas, insalubres, atestadas de gente, sirve tan sólo para abaratar las mercaderías a expensas de la vida del trabajador.

Baste esto con respecto a mis demandas. En cuanto a mi trabajo, necesario tributo a la comunidad, creo que a medida que adelantemos en la capacidad de practicar el orden social, encontraremos que la vida de esta manera resulta mucho menos dispendiosa de lo que ahora nos podemos figurar, y que llegará pronto el tiempo en que la gente buscará el trabajo más bien que lo huirá; que nuestras horas de trabajo serán más bien horas de juego alegre de hombres, mujeres, jóvenes y viejos, gozando en el trabajo que ahora se considera como pesada carga. Entonces habrá llegado la hora del renacimiento del arte de que tanto se habla y que tanto tarda en venir; las gentes no podrían dejar de expresar su alegría y placer en su trabajo y desearían siempre expresarlo de una manera tangible y más o menos duradera, y el taller sería otra vez una escuela de arte a cuyo influjo nadie podría sustraerse.

La palabra arte me conduce a mi última demanda, que es que todo el ambiente material de mi vida sea agradable, generoso y bello; sé que esto es pedir mucho, pero he de decir también que si no puede satisfacerse, si una sociedad civilizada no puede proporcionar tal ambiente a todos sus individuos, no tengo deseo que el mundo continúe, la existencia del hombre no es más que una calamidad. No me parece posible en las circunstancias actuales hablar demasiado fuerte sobre este asunto, estoy seguro de que llegará el tiempo en que parecerá difícil creer que una comunidad rica, con tanto dominio sobre la naturaleza externa, se haya resignado a vivir una vida tan baja, miserable, sucia, como nosotros vivimos.

Y para decirlo de una vez para siempre, no hay nada en nuestras circunstancias que nos impela a vivir así, sino la caza de la ganancia. Es la especulación lo que atrae a los hombres a esas enormes acumulaciones llamadas ciudades, lo que nos amontona en barrios sin jardines ni espacios libres, la que no quiere tomar las precauciones más ordinarias para evitar que todo un distrito quede cubierto de espesa nube de humo sulfuroso, que convierte los ríos hermosos en albañales sucios, lo que condena a todos, menos los ricos, a vivir en casas estúpidamente estrechas y reducidas, a lo mejor, y a lo peor en casas cuya miserabilidad no tiene nombre.

LA VIDA EN COMUN

En cuanto a la necesidad o conveniencia de que la gente bajo el orden social viva en común, podemos diferir bastante, según nuestras tendencias hacia la vida social. Por mi parte no veo por qué habríamos de considerar como duro el comer con la gente con que trabajamos; estoy seguro que con respecto a muchas cosas, como libros, valiosos cuadros y esplendor de los alrededores, encontraremos mejor juntar nuestros medios, y debo decir que muchas veces me da grima la estupidez de las bajas idióticas guaridas de conejos que los ricos se construyen en cualquier sitio del campo, y me consuelo figurándome el noble palacio comunal del porvenir, en que no se habrá ahorrado material ni ornamento digno, representando los pensamientos más dignos de la época y del pasado, personificados en el mejor arte que puedan producir hombres libres y enérgicos, una habitación para el hombre como ninguna empresa podría llevar a cabo con respecto a la belleza y la conveniencia o propiedad, porque solamente el pensamiento colectivo y la vida colectiva podrían concebir las aspiraciones que daría el nacimiento a su belleza o tener la habilidad y el ocio para llevarlas a cabo. Yo, por mi parte, creería que fuera lo contrario de una pejiguera si tuviese que leer mis libros y encontrar a mis amigos en semejante punto, y no creo que estoy mejor viviendo en una casa estucada, vulgar, repleta de tapicería, que desprecio, degradante en todos los conceptos para la mente y enervante para el cuerpo, simplemente porque la llamo mi casa.

LA MAQUINARIA

Antes de dejar este asunto de los ambientes de la vida, quiero responder a una objeción que podría hacerse. He hablado de la maquinaria que habría de usarse libremente para relevarnos de la parte más mecánica y repulsiva del trabajo necesario, y sé que para algunas personas cultas, personas de inclinaciones artísticas, la maquinaria es especialmente desagradable y dirán que el ambiente no será nunca agradable mientras uno esté rodeado de máquinas. Yo no admito esto; lo que perjudica la belleza de nuestra vida hoy día, es que dejamos a las máquinas ser nuestros amos en vez de nuestros sirvientes, en otros términos, es el índice del terrible crimen que hemos cometido usando nuestro dominio de las fuerzas de la naturaleza para esclavizar a la gente, sin tener en cuenta la felicidad de la vida que les robamos.

Con todo, para consuelo de los artistas, diré que creo, en efecto, que un estado de orden social nos conduciría probablemente al principio a un gran desarrollo de la maquinaria para fines realmente útiles, porque las gentes tendrán deseo de acabar pronto con el trabajo realmente necesario para mantener a la sociedad, pero luego encontrarán que no hay tanto trabajo que hacer como creían y entonces tendrán tiempo de meditar el asunto otra vez, y si les parece que tal o cual industria podrá ejercerse más agradablemente a la mano que con las maquinarias, seguramente abandonarán las máquinas. Esto no es posible ahora, porque somos los esclavos de los montruos que hemos creado. Tengo cierta esperanza de que la misma elaboración de la maquinaria en una sociedad que no tiene por objetivo multiplicar el trabajo como sucede ahora, sino de llevar una vida tan placentera como sea posible, conduciría a la simplificación de la vida, y por esto mismo a la reducción de la maquinaria.

RESUMEN

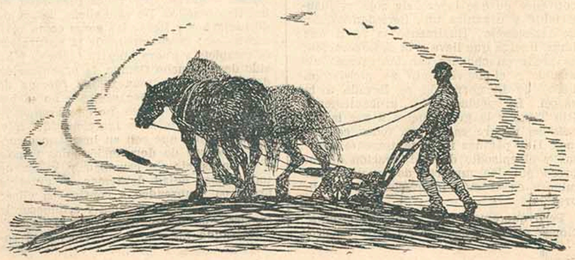
Resumiendo, pues, mis pretensiones de una vida decente, puedo decir que pido: 1º. un cuerpo sano; 2º. una mente activa en simpatía con el pasado, el presente y el futuro; 3º. ocupación propia para un cuerpo sano y un espíritu activo, y, 4º. un mundo bello en que vivir. Estas son las condiciones de vida que en todas las edades el hombre se ha propuesto como cosa apetecible ante todo. Hartas veces ha quedado tan frustrado en sus aspiraciones, que ha vuelto anheloso los ojos hacia atrás a los días que precedieron a la civilización, cuando la única tarea del hombre era buscarse la comida día a día, estando la esperanza en él dormida e imposible de expresarse.

En efecto, si la civilización, como muchos piensan, impide a la humanidad ser feliz, y si esto es así dejémonos de todas las aspiraciones hacia el progreso, de todo sentimiento de buena voluntad y afecto entre los hombres, y arrebatemos cada uno lo que podamos del montón de riqueza que los tontos crean para los pícaros, para que engorden, o, mejor aún, descubramos tan pronto como sea posible algún medio de morir los hombres, ya que se nos impide vivir como tales.

Pero la cosa no está tan mal; podemos cobrar ánimo viendo que nosotros, los de esta generación, a pesar de todos sus tormentos y desórdenes, tenemos una herencia maravillosa del trabajo de los que nos han precedido y que el día de la organización humana está amaneciendo. No somos nosotros los que podemos construir el nuevo orden social, las generaciones pasadas lo han hecho por nosotros, pero podemos abrir nuestros ojos a los signos de la época para ver que la obtención de nuestras condiciones de vida es posible y que ahora es de nuestra incumbencia extender la mano para cogerlas; ¿y cómo? principalmente, creo, educando el pueblo a tener conocimiento de sus capacidades reales como hombres, para que puedan usar en su propio provecho el poder que no tardará en confiárseles; a hacerles ver que el viejo sistema de organizar el trabajo para la ganancia individual resulta inmanejable, y que todo el pueblo tiene que escoger ahora entre la confusión que resulte del hundimiento de este sistema y la resolución de tomar en sus manos el trabajo que ahora está organizado para la ganancia y de emplear esta organización para la vida de la comunidad; hacer comprender a la gente que los individuos que buscan ganancia no son una necesidad sino un estorbo para el trabajo, no sólo y principalmente porque son las perpetuas clases pasivas del trabajo, sino más bien por el despilfarro que su existencia como clase necesita. Todo esto lo hemos de enseñar a la gente cuando lo hayamos aprendido nosotros, y admito que el trabajo es largo y pesado; como he empezado diciendo, la gente ha empezado a temer los cambios por el miedo al hambre y hasta los más desgraciados son estólidos y duros de mover. Pero por duro que sea el trabajo, su recompensa no es dudosa. El hecho de que un grupo de hombres, aunque pequeño, se hayan reunido como misioneros socialistas, demuestra que el cambio se verifica. Como la clase trabajadora, la verdadera parte orgánica de la sociedad, acepta estas ideas, la esperanza surge en sus individuos y reclamarán cambios en la sociedad, de los cuales muchos, sin duda, no tenderán directamente a su emancipación, porque los reclamarán sin el debido conocimiento de la única cosa necesaria para pedir la igualdad de condición, pero indirectamente ayudarán a desorganizar nuestra podrida sociedad farsante; esta petición, por igualdad de condiciones, se hará constante y cada vez más reciamente, hasta que sea escuchada, y entonces será obra de un paso la socialización del mundo civilizado, y mirando atrás sobre lo que ha sido, quedaremos asombrados al pensar cuánto tiempo hemos consentido en vivir como vivimos ahora.

WILLIAM MORRIS

(De *The Commonwealt*, 1887)



Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.— Suscríbase a la Editorial, compañero

LA PROTESTA

SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO, $ 2.— m|n.

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00

POR AÑO — PAGO ADELANTADO